HOMBRE DE AMERICA

FUERTE Y LIBRE

13



FIGURAS

LINO ENEAS SPILIMBERGO

30 CENTAVOS

0.10 dólar en el exterior

DECLARACION FRENTE A LA GUERRA EN AMERICA

LA guerra azota ya a nuestro continente. Su extensión, prevista desde hace mucho tiempo por quienes han estudiado las causas de esta contienda y sus forzosas consecuencias, plantea urgentes y vitales problemas a todos los pueblos americanos.

HOMBRE DE AMERICA siente el deber de contribuir al esclarecimiento de tales cuestiones, exponiendo sus puntos de vista, que pueden sintetizarse así:

1º — Ayuda, colaboración máxima en el esfuerzo mundial tendiente a la extirpación del totalitarismo.

2º — No renunciamiento a los objetivos de libertad, independencia político-económica y mayor justicia social, necesidades esenciales de nuestros pueblos.

Tenemos conciencia de interpretar fielmente las aspiraciones de todos los hombres que han adherido a la posición doctrinaria y táctica señalada por HOMBRE DE AMERICA desde su número inicial, quienes trabajan en sus respectivos países por idénticas finalidades. Sentimos la responsabilidad de hablar en nombre de grandes sectores de población, de una fuerte corriente de opinión cuyos integrantes, no supeditados a directivas oficiales ni a consignas partidistas, pugnan por contrarrestar el confusionismo y la ausencia de participación del pueblo en los hechos que deciden su propio destino, que constituye una característica de la época actual.

LA propagación de la guerra al único continente que aun no conocía el estremecimiento de las sirenas de alarma ni el horror de los bombardeos, no ha sido un hecho imprevisible, casual, ni evitable mediante determinadas maniobras diplomáticas o militares.

En una lucha en que se está jugando efectivamente el destino de la humanidad, y en la que las fuerzas totalitarias se han lanzado a arrebatar de sus antiguos detentadores, los puntos vitales que permiten ejercer un poder hegemónico sobre todo el mundo, era un absurdo suponer que pudiera mantenerse neutral, en reserva, alguna de las grandes potencias económicas y militares.

Los factores determinantes de la guerra son inherentes al régimen político y social vigente, de explotación, predominio del interés personal sobre el colectivo, inadecuada e ilógica organización de la producción y el consumo, asfixia de la voluntad mayoritaria popular por la concentración de todos los poderes en un Estado fuerte, incremento del armamentismo, etcétera.

Sería ridículo que hombres sensatos y acostumbrados a extraer deducciones de las experiencias históricas, creyeran que la guerra o la paz dependen solamente de la actitud de las cuatro o cinco personas que están al frente de cada uno de los bandos contendientes. No nos unimos al coro que invoca ciertos nombres como salvadores de la humanidad o de la paz, y hace recaer sobre otros la exclusiva responsabilidad del crimen de la guerra. Se puede ser más sanguinarios, como los nazifascistas, en cuyos jefes la ausencia de todo sentimiento loable hace poner en duda que pertenezcan al género humano; pero no hay que olvidar que ellos son la expresión más acabada de la actual organización social y que su desarrollo fué fomentado precisamente por quienes hoy los combaten con la guerra, pues creían con ello evitar todo intento de transformación revolucionaria alentada por los pueblos. Por otra parte, suponiendo en ciertos dirigentes democráticos las mejores intenciones pacifistas, tampoco estaría en sus manos evitar la guerra y las contradicciones que emergen de la raíz misma del régimen social presente.

No estamos solos al hacer tan categóricas afirmaciones. Los hombres más eminentes, los economistas y pensadores de mayor significación en todo el mundo, exponen claramente la necesidad de una reconstrucción.

ESTE es el objetivo primordial contenido en el programa de HOMBRE DE AMERICA. No creemos en recursos circunstanciales, ni en hechos imprevistos, ni en hombres providenciales. Incluso comprobamos la diferencia fundamental en las posibilidades existentes antaño en cuanto a modificar un orden reinante por medio de insurrecciones armadas, y la situación actual, en que la técnica represiva estatal está tan perfeccionada, que sólo puede ser abatida por una fuerza superior, cuya organización es hipotética. Ejemplo elocuente: la opresión de los pueblos cuyos países fueron invadidos por las hordas nazis.

En cambio, y sobre todo en esta parte del mundo, tenemos absoluta fe en los esfuerzos que realice el pueblo, sus organizaciones de avanzada, sus hombres libres, para imprimir a la reconstrucción total que habrá de operarse, las mayores características de libertad y justicia social. Tendemos hacia la organización de nuevas formas de aprovechamiento de las materias primas; hacia la socialización de la tierra; hacia la coordinación económica, inicialmente por regiones y luego en escalas más vastas; hacia el establecimiento de nuevos métodos de intercambio de productos y de distribución equitativa; hacia la desaparición de las tremendas contradicciones provocadas por la coexistencia de superproducción y hambre o miseria; hacia la abolición de la dependencia de nuestros pueblos de fuerzas imperialistas; hacia la anulación de las barreras aduaneras y de todo obstáculo que se interponga a la unidad total de los pueblos americanos.

Y, dentro de este orden de ideas, estimamos indispensable una superación del estrecho concepto nacionalista predominante, que impide percibir las soluciones continentales y colocan a cada país en un aislamiento absurdo y suicida. Los grandes problemas que deben preocupar efectivamente —no las pequeñas cuestiones hogareñas e intrascendentes— tienen significación internacional. Es por ello que para nosotros América no constituye una aglomeración de pequeños Estados erizados de fronteras, sino un continente cuyo pueblo, unido y solidario, debe luchar por idénticos y comunes objetivos.

COMPRENDEMOS perfectamente que nada de esto será posible si el totalitarismo no es vencido, extirpado previamente. Por eso coincidimos en que esta finalidad es inmediata y vital; en que todas las fuerzas y energías han de prodigarse en su realización.

Pero lo hacemos concientemente, no entregados de pies y manos al bando contrario; no arrastrados por el torbellino de hechos que evaden de nuestro contralor; no impulsados por la desesperación, el temor o el confusionismo.

Dentro de esa lucha, a la cual nos plegamos entusiastamente, consideramos esencial mantener nuestra personalidad de hombres libres; no resignar los puntos de vista y objetivos permanentes, los cuales deben ser impuestos apenas transcurra el peligro inmediato, no porque ello esté establecido en alguna fórmula infalible sino porque, si así no se hiciera, se reproducirían nuevamente todos los males que hoy afligen a la humanidad.

LLEGAMOS de este modo a un punto de extraordinaria importancia en la actualidad, para todos los países situados geográficamente al sur del río Bravo, y que podría expresarse en estos dos interrogantes:

¿Deben las naciones de Centro y Sur América, incluyendo a México, colaborar con los aliados y especialmente con los Estados Unidos en la actual lucha?

¿Deben estos países participar militarmente en la guerra?

La primera pregunta ha obtenido implícita respuesta en la determinación de cooperar en todo lo que contribuya a la extinción del nazifascismo.

Pero la segunda nos lleva a un terreno más arduo, porque aparentemente no existe otra solución que intervenir directamente en las actividades bélicas.

Para nosotros, en cambio, la participación militar de estas naciones no sólo no resuelve ninguno de los problemas planteados a quienes se ubican junto al bloque opositor del totalitarismo, sino que además adolece de insalvable ineficiencia.

No es necesario argumentar ni citar datos estadísticos para llegar a la comprobación de que el poderío militar, naval y aéreo de estos países no ha alcanzado un mínimo de poder defensivo, y como consecuencia ninguna importancia tiene cual potencial ofensivo.

Destacamos que no incurrimos en consideraciones de índole sentimental; si estuviéramos convencidos de que con la participación militar de estos pueblos, con el aporte de su sangre y de sus armas, se prestara la ayuda más eficaz a la derrota de los enemigos de la humanidad, no rehuiríamos compartir la suerte de los pueblos hermanos que enfrentan a la máquina bélica nazi.

Militarmente, el papel que podríamos desempeñar es limitadísimo, y no seríamos otra cosa que instrumentos de fuerzas enormemente más poderosas; reducidos en la guerra al mismo plano del cual no hemos sido capaces de salir en la paz: de sometimiento, dependencia y esclavitud.

México, Centro y Sur América tienen una misión mucho más importante y eficaz para realizar, en este propósito de cooperación, hallándose además favorecidos por su posición geográfica, frente a los dos océanos en cuyas aguas se libran las batallas decisivas de esta contienda: limpiar nuestras tierras de las quintas columnas totalitarias y de los agentes nazis, muchos de los cuales ocupan puestos oficiales y hasta gubernativos.

La lucha fundamental que nosotros planteamos, mediante la cual haremos un daño mayor al totalitarismo que oponiendo una simbólica fuerza militar, es precisamente de carácter interno, de exterminio y aplastamiento inmediato de todas aquellas peligrosas actividades.

COMO síntesis de lo anteriormente expuesto, puntualizamos las siguientes conclusiones, que constituyen la orientación y el programa de lucha de la revista HOMBRE DE AMERICA:

1º — La guerra mundial, extendida a América, es una consecuencia del régimen social, político y económico imperante, y como consecuencia es necesario combatir sus efectos como sus causas.

2º — Los pueblos tienen la imperiosa obligación de participar en todos los hechos de gravitación mundial, y prepararse para la reconstrucción social que habrá de operarse como resultado del derrumbe de la estructura societaria que ha conducido a la actual guerra.

3º — La más urgente y fundamental preocupación, es la derrota del totalitarismo, sin renunciar por ello a los objetivos de libertad e independencia económica de todos estos pueblos.

4º — Es inoperante la participación militar de estas naciones y por lo tanto debemos oponernos con toda energía a ella, en los países cuyos gobernantes han declarado oficialmente el estado de guerra, como en los que mantienen una especie de neutralidad.

5º — Nuestra más fructífera colaboración: desarrollar una vasta lucha interna contra los elementos y organizaciones totalitarias, que no permita la menor filtración de derrotismo o traición y que afecte por igual a los fascistas extranjeros y los nativos que tratan de implantar aquellos métodos en nuestras tierras. Persecución tenaz a las quintas columnas.

6º — Bloqueo absoluto de fondos con respecto de las naciones agresoras.

7º — Boicot riguroso a todos sus productos, hasta anular íntegramente su comercio.

8º — Severa aplicación de sanciones a los involucrados en las listas negras, que deben hacerse acá, sin esperar que nos las dicten del exterior.

9º — Vigilancia de las costas para evitar abastecimientos a unidades fascistas.

10 — Internación de todos los que desarrollen actividades que favorezcan a los totalitarios.

11 — Ninguna represalia contra los extranjeros que no participan de la ideología ni de las actividades de los gobernantes eventuales de sus países. Precisa discriminación entre extranjero y totalitario.

12 — Abierta oposición a toda tentativa de coartar las libertades populares con el pretexto de la defensa de la democracia o con motivo del estado de guerra.

SI nos esforzamos por cumplir este programa, en cada una de las naciones de América, habremos realizado nuestro anhelo de ser útiles a la causa del antitotalitarismo, creando al mismo tiempo las condiciones para que nuestros objetivos básicos, como hombres libres, puedan concretarse en hechos: en parte a través de esta lucha; lo demás cuando, después de esta hecatombe, coincidamos todos en que la vida sólo merece ser arriesgada, tendiendo hacia mayor libertad y justicia.

Buenos Aires, enero de 1942

Rogamos la reproducción en toda la prensa libre de esta **Declaración**. Pedimos muy encarecidamente se hagan llegar las objeciones, sugerencias o adhesión que merezca este documento a:

HOMBRE DE AMERICA - Alsina 736 - Buenos Aires



Antonio Berni, frente a un Panel Decorativo para el Teatro del Pueblo.

ANTONIO BERNI

NACIO en Rosario, donde realizó sus primeros estudios. En esa ciudad presenta sus exposiciones iniciales. En el año 1927 es becado por el Jockey Club Rosario para efectuar estudios de pintura en Europa. Al año siguiente esta beca es prolongada por el gobierno de la provincia de Santa Fe por tres años más. Viaja por España, Francia, Italia, Bélgica, Holanda y Africa. Expone en el Salón Nacional de Madrid y en el de los Independientes de París. En 1929 realiza, con otros pintores argentinos residentes en París, la primera exposición colectiva de arte de vanguardia en Buenos Aires (Salones de Amigos del Arte). En estas mismas salas expone una muestra personal en el año 1929. De regreso de Francia en 1932 realiza también en Amigos del Arte, la primera exposición de arte superrealista que se conoció en la Argentina. Su contacto con escritores como Aragón y Bretón influenciaron en sus ideas. De estas influencias se desprende posteriormente para encauzar por una corriente que ha sido calificada de "nuevo realismo". Ha expuesto en los salones nacionales obteniendo diversas recompensas; entre las más importantes: el Segundo Premio Municipal con "Chacareros", propiedad del Museo Municipal de Bellas Artes de Buenos Aires. El Primer Premio Composición con el cuadro "Jujuy", año 1938. Premio Nacional de Pintura en el Salón 1940, con el cuadro "Figura".

Realizó en colaboración un panel decorativo para la Exposición Internacional de Nueva York.

Tiene cuadros en casi todos los museos de la República.

Ha realizado exposición y dado conferencias en Montevideo especialmente invitado por el Círculo de Bellas Artes y Amigos del Arte de la ciudad vecina.

Colabora con artículos sobre temas de arte en diversas revistas.

Ha dado conferencias por radio y ocupado diversas tribunas en muchas insttiuciones culturales.

Becado actualmente por la Comisión Nacional de Cultura para realizar diversos estudios en Estados Unidos, Méjico, Perú y Bolivia.

POSICION

SERIA demasiado pretensioso querer emitir un juicio acerca de lo que debe ser la pintura como expresión de lo absoluto individual, colectivo o histórico; pero, eso sí, se puede emitir un juicio, sin parecer un pedante, para referirse a lo que debe ser la pintura de uno mismo, de una misma colectividad, clan o nación en un determinado instante del acaecer. Se puede decir, y sostener, lo que no deben hacer los pintores de América, como también se pueden señalar los ideales que corresponden a una nueva realidad como la nuestra. Lo cierto es que ya no se puede continuar más con las mariconadas hechas en talleres sin energías ni destino, ni con obras que parecen producidas para matar las horas muertas de artistas sin misión alguna. El taller tendrá que volver a ser la usina, la "botega" del Renacimiento que funcionaba para la colectividad que lo necesitaba y lo exigía.

El arte de América tendrá que producirse así, y tendrá, además, que nutrirse de la realidad que lo rodea, que es como decir: de todo lo que produce la tierra. El artista tendrá que sentir, en lugar de las imágenes de las revista de arte extranjeras, las cosas, las plantas, los seres vivos y hasta su propia carne. Sólo así hará obra de valores sociales, para colectividades sensibles, liberándose, de paso, de ese individualismo enfermizo que sólo le preocupa en registrar transitorios estados sensibles o las morbosidades epidérmicas de largas dopadas.

DESPUES DE LA CONFERENCIA DE RIO DE JANEIRO

HA transcurrido ya un tiempo suficientemente prudencial como para permitirnos apreciar los resultados y trascendencia de la reunión de cancilleres americanos celebrada durante el mes de enero ppdo. en Río de Janeiro. La extraordinaria difusión dada a sus deliberaciones; la expectación promovida por el apasionante forcejeo entre las delegaciones de diecinueve países, por un lado, y de las dos restantes, por el otro, tendiendo respectivamente a romper toda clase de relaciones con los gobiernos del "eje" y a proseguirlas manteniendo; el discurso afirmativo y rotundo del delegado norteamericano, y una serie de hechos más, contribuyeron, sin duda, a magnificar algo la importancia de esta Conferencia y a infundir excesivas esperanzas en sus resoluciones.

No es intención nuestra restar significación a aquel acto. Pero resulta evidente que constituyó una rubricación formal de una política impuesta por los actuales gobernantes de los Estados Unidos, con las reticencias naturales de quienes quieren aún mantenerse indefinidos hasta que no se perfile claramente cuál será el bando ganador de la presente contienda, o de los que desean extraer partido de su presunta resistencia a ingresar dentro de la órbita estadounidense.

Puede causar satisfacción el hecho de que, por circunstancias ajenas en absoluto a su voluntad y a sus inclinaciones fascistas, gobernantes tan dictatoriales como los del Perú, Brasil y Uruguay, por ejemplo, se hallen en la obligación de adoptar una postura antitotalitaria y de adoptar medidas efectivas contra el "eje". Pero el método no nos puede seducir. Pensemos durante un solo instante cuán distinta fuera la situación si en vez de los actuales dirigentes de la política norteamericana, estuviera en el poder una camarilla de Quislings o Lavals, que tanto abundan en esta época, en el norte como en el sur. Y que emplearan el mismo sistema de "cooperación" para sus fines...

Atengámonos, sin embargo, a la realidad, por cierto carente de optimismo para permitirnos pensar en posibilidades más sombrías. Y ella nos dice que se han tomado muchas resoluciones de firme oposición al totalitarismo, que abarcan desde la ruptura de las relaciones diplomáticas hasta las comerciales, bloqueo de fondos, lucha interna contra los agentes de aquél, etc., pero que esos acuerdos no se cumplen o se realizan en una escala insignificante e ineficaz. Y lo más importante del problema reside en estos interrogantes: ¿Por qué no se cumplen? ¿Cómo pueden efectivarse?

Los acuerdos tomados en conferencias y reuniones internacionales de esta índole no se cumplen frecuentemente porque les falta dos elementos instigadores para su realización: la sinceridad de sus firmantes y la existencia de una fuerza popular en el interior de sus respectivos países que imponga su materialización.

Actuando en una esfera donde privan los intereses, presionados por amenazas de anulación de créditos, cierre de mercados consumidores, negativas de ciertos abastecimientos vitales, etc., los gobernantes nazófilos que contribuyeron a la unanimidad de las resoluciones en Río de Janeiro lo hicieron con las suficientes reservas verbales y mentales como para anular toda su eficacia. Los acuerdos fueron utilizados para propaganda efectista exterior y para fines de apaciguamiento popular interior.

Un ejemplo claro de cómo las resoluciones no son tomadas siquiera en consideración, lo ha dado cierto gobierno sudamericano que, invitado por varios países del continente a declinar la representación delegada por una de las naciones del "eje" en aquéllos, ha declarado que accede teniendo en cuenta que para ello hay que disponer del consentimiento del gobierno ante quien se ejerce la representación; sin recordar siquiera que se trata de una obligación impuesta por la Conferencia de Río de Janeiro, también adoptada por unanimidad...

Además de esta ausencia de sinceridad fundamental, la falta de gravitación de los pueblos constituye un hecho de tremenda gravedad.

En cualquier época de la historia, en cualquier acontecimiento o episodio que se adopte como ejemplo, se evidenciará que de una u otra forma el pueblo se ha expresado, ha manifestado su voluntad; equivocada, desorientada o bien definida hacia finalidades concretas, ha estado presente en la dirección de todo suceso importante; sofocada, ha hallado la forma de vencer todas las trabas y de imponerse al fin.

La aparente confianza y serenidad que se observa en las esferas oficiales y que se tiende a extender a las masas, nos hace recordar demasiado los días previos a la caída de Singapur, cuyo pueblo ignoraba en absoluto la inmediata proximidad del enemigo y seguía escuchando por radio alocuciones optimistas y tranquilizadoras.

Acá tenemos menos motivos para permanecer impasibles a los acontecimientos. Alguien podrá mitigar sus inquietudes, pensando en la eficacia decisiva de mayores reclutamientos militares, de una urgente e improvisada fortificación de costas, de aumentos en las adquisiciones armamentistas. Pero nosotros no podemos dejar de comparar, incluso desde el punto de vista militar, nuestra situación con la de las formidables bases mundiales que han sido abatidas en muy reducido tiempo.

¿Cómo ha ocurrido ello? Precisamente porque el pueblo y soldados no son sinónimos. En todas las regiones en que han participado realmente los hombres y mujeres del pueblo, a veces hasta sin armas, en la lucha antitotalitaria, no han triunfado sino después de mucho tiempo y de enormes pérdidas los fascistas. La resistencia de España, de China, hasta la de Etiopía; últimamente las derrotas nazis en Rusia; e incluso el episodio de la lucha presentada por las fuerzas norteamericanas en las Filipinas, porque han contado con la cooperación del elemento nativo, demuestran palmariamente cuán enorme es la importancia de la participación popular, tan subestimada, incluso en situaciones en que se ha preferido perderlo todo antes de conceder armas y poder de acción a las multitudes.

Pero de mayor eficacia ha de resultar la actitud de defensa y de lucha del pueblo, si éste actúa inspirado e impulsado por objetivos propios, si además de la derrota del totalitarismo tiene la esperanza de lograr mayor libertad y justicia, si tiene la certeza de que no es conducido como instrumento de intereses ajenos, si tiene confianza en la lucha y en los que están a su frente.

Lamentablemente, este clima y predisposición no existen en América, antes ni después de la Conferencia de Río de Janeiro. Y nosotros consideramos imprescindible su creación, existencia y gravitación.

Escribe
GERARDO GALLEGOS
★
Desde CUBA

EL VIRUS DEL TOTALITARISMO Y LOS VICIOS DE LAS DEMOCRACIAS



YA están las fábricas de armas y municiones en función de producción en gran escala. Minúsculas lanchas torpederas —veloces como proyectiles— y grandes fortalezas artilladas salen en series de los astilleros. También los campos de entrenamiento adiestran millares de jóvenes para la guerra de tierra, mar y aire.

La defensa armada de la democracia se ejecuta con notable eficiencia en la grande América del Norte.

Pero no son tan sólo las fábricas en máxima tensión de producción, ni sólo las juventudes animosas y entusiastas las que se preparan para repeler, en su hora, la fuerza con la fuerza, también el espíritu público, la opinión de las grandes masas está siendo sometida a un tratamiento adecuado, a fin de que cuando llegue la hora del impacto mortal éste se produzca con toda la fuerza, la energía y el ciego y frenético impulso necesario para conseguir el triunfo.

Esta segunda parte de la campaña por la defensa de la democracia en América no es la menos importante. Ya los pueblos no marchan a la guerra para decidir con su sangre y con sus vidas las querellas de alcoba de sus reyes o de sus caciques. Ahora es necesario convencerlos de que sólo por medio de la guerra van a conseguir redimirse de la miseria y de la verguenza a que fueron reducidos por humillantes y bochornosas derrotas pasadas —como en el caso de Alemania—, o evidenciarles la destrucción que les amenaza —como en el caso de Inglaterra—. Sin esta suficiente preparación el pueblo, aun cuando fuera lanzado a la guerra por sus gobiernos, no pelea o, por lo menos, no con el coraje y el espíritu de sacrificio que se necesita para vencer.

La maquinaria de propaganda bélica se ha vuelto, por estos y otros motivos, extremadamente complicada y laboriosa. Para manejarla con eficiencia hacen falta técnica y hombres técnicos.

Esta maquinaria ha comenzado a moverse en América, en esta nuestra América tradicionalmente libre, republicana, demócrata y amante de la paz. Se dijera —sin necesidad de hacer de profeta de calamidades públicas— que la América se aproxima a esa hora o en que —para su bien o para su mal— se decidirán por una nueva ruta los destinos de su historia. Pero, precisamente, por lo que es de crítica y decisiva la hora hacia cuyo encuentro marcha el nuevo mundo, quizá valga la pena preguntarse qué democracia es esta que vamos a defender con todos nuestros recursos espirituales y materiales, y hasta dónde serán de buenos y eficientes los medios que vamos... que estamos ya empleando para su defensa.

Tratar de dar una adecuada, serena y razonada respuesta a estas preguntas es tanto más necesario cuanto que el clima de intolerancia que se está creando en torno a estos problemas, amenaza con asfixiar los pulmones espirituales de América. Poco a poco va siendo eliminado si no el derecho, cuando menos la autoridad y el prestigio de quienes no quieren hacer coro a los que llevan la voz cantante en la marcha guerrera.

Es decir que la democracia la vamos a perder... la estamos ya perdiendo en su ejercicio, aun antes de que Hitler —el gran totalitario de la hora actual, pues Mussolini ya casi no cuenta— avance contra ellos con sus ejércitos mecanizados y sus doctrinas disolventes.

Cierto que poco implicaría sacrificar momentáneamente el "ejercicio" de nuestros derechos y nuestras libertades democráticas, si este sacrificio diera por resultado, de modo cierto y seguro, el mantenimiento perdurable del espíritu y las instituciones democráticas.

Pero es que todo este monstruoso aparato bélico de montañas de armamentos y de municiones que se acumulan, a la postre va a resultar vano, pueril e inconsistente como fué de vana, de pueril e inconsciente la famosa, la "inexpugnable" Línea Maginot, a la hora de la invasión señalada por Hitler.

Porque estos aprestos bélicos y este entusiasmo generoso y ardoroso, que se propaga como el fuego en el aceite en el corazón de las juventudes de América, tienen por sola finalidad la defensa de "formas" de gobiernos democráticos. El espíritu de libertad que se requiere para la plenitud de la responsabilidad, la igualdad no sólo ante las formalidades de la ley, sino también para las oportunidades al éxito en la lucha por la existencia. Aquello que es vida y es esencia de las instituciones democráticas, no es tomado en cuenta en esta hora de peligro para la existencia de las mismas.

La fuerza se combate con la fuerza. Pero también es una gran verdad que el espíritu sólo se combate con el espíritu.

El totalitarismo esgrime contra la democracia no solamente sus carros de guerra mecanizados y sus millares de aviones de caza y bombardeo, sino lo que es más importante que todo, el espíritu de una vasta rebelión de masas humanas, lo mismo en Europa que en Asia, que en América, que en todos los lugares de la tierra donde profundos desniveles económicos y crudas injusticias han abierto llagas purulentas en el organismo social. Una nueva conciencia surgida de este dolor y de esta miseria exige reparaciones urgentes. Esta exigencia ha sido formulada a mano armada —el único procedimiento brutalmente eficaz que, hasta hoy, consigue imponer algún orden en el mundo, pese a los siglos que han transcurrido desde el día que el hombre emergió de las cavernas con el garrote en la diestra.

Mr. Archibald Macleish, en un ensayo condensado de pensamiento crítico ha agitado la conciencia de los intelectuales de América en torno al tema de la responsabilidad de éstos en la catástrofe moral y política que significaría para la cultura mundial el triunfo del totalitarismo de hitler o el comunismo de Stalin. Uno de sus párrafos dice así:

"No es asunto de interés exclusivamente práctico y político el que inmensos grupos de hombres en varias partes del mundo ansíen, con pasión y hasta con violencia, renunciar al ejercicio de la libertad y entregar la voluntad, el músculo y hasta el pensamiento a la voluntad de un caudillo a fin de conquistar la dignidad del orden, cuando menos la **dignidad de la obediencia.** No es siempre cuestión de alcance práctico y político el que la totalidad de los hombres, en ciertas naciones, no sólo hayan renunciado voluntariamente y con gusto a sus derechos individuales, sino que se hayan eximido de sus derechos como individuos, de modo que ya no se sienten obligados a reconocer ni a respetar la humanidad individual del prójimo..."

Hay una lógica inexorable en los hechos que acontecen en el mando, según los expone el comentarista norteamericano. Esto quiere decir que quienes han renunciado a los más caros privilegios del ser humano, para conseguir en cambio, cuando menos, la dignidad de la obediencia, es porque saben, se han dado cuenta que un inmenso desorden trastorna al mundo; desorden al que van aparejadas, de modo irremediable, la miseria de muchos millones de seres, y la injusticia y el abuso practicados con impunidad contra la mayoría trabajadora y productiva, comprendiendo en esta mayoría lo mismo al obrero que al campesino, que al empleado, que al comerciante, que al industrial, profesional o militar. Porque, cual más cual menos, todos sienten la tragedia de este desorden en lo económico y lo oprobioso del mismo en lo moral.

El hombre apareció libre en la selva. La esclavitud se hizo para muchos de ellos con los albores de la civilización. Y al través de las vicisitudes dramáticas el hombre volverá siempre a la libertad, porque la libertad es su estado natural.

Cuán ingenuos son y cómo están de ciegos los que pretenden liquidar el quintacolumnismo antidemocrático, implantando procedimientos de violencia y de crimen copiados a la Gestapo de Berlín y a su reverso, la GPU de Moscú.

Estos no se han dado cuenta todavía del pavoroso problema —llaga viva de nuestras democracias— de millares y millares de jóvenes que salen anualmente de sus hogares a la lucha por la vida, encontrándose con los horizontes cerrados, sin saber en qué ni cómo emplear sus energías, sus entusiasmos y el fruto de sus estudios o de su aprendizaje en largos años de desvelo, van irremediablemente —con la lógica de sus ambiciones y de su desesperanza en un mundo que no les ofrece ni siquiera oportunidades— a nutrir las filas de las brigadas de choque nazicomunistas, ardientes, convencidos y hasta heroicos, porque les impulsa una promesa de redención; promesa que les niega no la democracia, sino la ineptitud y la indolencia de los gobiernos democráticos.

Mientras las democracias sigan en sus viejos sistemas económicos ya inútiles y rutinarios y no se unifiquen adaptándose a una nueva economía socialista y panamericana, el totalitarismo nazicomunista se filtrará en las naciones de América —tal como se está adueñando de Europa— al través de las defensas de reductos artillados con baterías de largo alcance. Nada podrán contra él los millares de aviones de caza y bombardeo. Será inútil lanzar a la muerte en sangriento choque de aire, mar y tierra a las juventudes de América. La invasión totalitaria pasará por encima del sacrificio de sus vidas.

A la fuerza se opone la fuerza. Pero al espíritu hay que oponer el espíritu.

Las democracias, para subsistir, necesitan de una revolución positivista que haga frente a la revolución negativa de la fuerza bestial y el "gansterismo" de Hitler.

Solamente emprendiendo en un saneamiento inmediato y urgente de aquello que se ha podrido en sus sistemas es como se podrá afirmar sobre sólidas bases la perennidad de nuestras instituciones democráticas.

Sólo entonces las defensas de la democracia y la libertad en América serán más resistentes e inexpugnables a la invasión de lo que fuera para Francia su tan costosa como inútil Línea Maginot.

Un aumento considerable en el costo de impresión de la revista, determinado por la exorbitante elevación del precio del papel, y la falta de cumplimiento en los pagos, por parte de numerosos agentes y paqueteros, determinó la suspensión temporaria de la aparición de HOMBRE DE AMERICA.

Decididos empeñosamente a llevar adelante esta empresa de cultura y a realizar todos los esfuerzos para que esta tribuna del pensamiento libre de América siga ejerciendo una influencia orientadora y de incitación a la lucha por la libertad, no hallamos otra solución, para hacer factible la salida regular de HOMBRE DE AMERICA, que reducir sus páginas, provisionalmente, y de limitar el tiraje de modo que los incumplidores, los indiferentes o irresponsables — que no recibirán más la publicación— no priven de su lectura a los suscriptores, a los camaradas y simpatizantes, a la enorme cantidad de amigos y colaboradores, que nos reclaman la aparición de la revista y ayudan a sostenerla.

Agradecemos muchísimo las expresiones de solidaridad y de estímulo recibidas, y sobre todo valoramos el gesto de quienes, interrumpida momentáneamente la salida de HOMBRE DE AMERICA, nos han demostrado su confianza hacia esta obra renovando sus suscripciones anuales.

JUAN LAZARTE

SOBERANIAS NACIONALES Y UNIDAD DE AMERICA

No se puede llegar a una nueva unidad americana con los Estados modernos, como los encontramos constituídos.

La unidad de América podrá hacerse de tres maneras:

1º Entre los Estados nacionales, tales como los conocemos.

2º Con los Estados modificados en su soberanía, y

3º Abandonando la estructura de los Estados nacionales.

Vamos a analizar estos tres puntos de vista, por la importancia que tienen, pues según sea el adoptado, distinta será la resultante general de la unión americana.

La única organización política que cabe de acuerdo con el momento histórico actual es el federalismo. América es y será una federación; sus más grandes núcleos ya lo son; es una federación por sus condiciones geográficas, históricas, sociales; por su final evolución política y porque la federación implica la continuación de su línea estructural popular y campesina de todo el siglo XIX

El Estado es la institución absoluta o liberal que no tiene más objeto que sí mismo; en la forma en que ha evolucionado, desde el liberalismo al fascismo, lleva el fin en sí: es por lo tanto soberano en sí mismo y no tiene más límites que el universo, es decir, cuanto puedan abarcar sus fuerzas y violencias. Esto quiere decir un moderno Estado soberano. El órgano natural de crecimiento de este Estado es la guerra; para sus futuras expansiones dispone del militarismo. Con tales fuerzas y basamentos no se puede conseguir ninguna federación segura y estable; tal fué el motivo del fracaso de todas las Ligas Nacionales, mejor dicho Estados Nacionales que aspiraban a ser Estados internacionales por absorción de otros Estados menores.

Por la naturaleza propia del Estado moderno, por la final forma tomada en su actual evolución, no puede haber una liga entre ellos, pues el choque y entrechoque de soberanías, poder y economía, impide su estabilización y rompe cualquier convenio de paz duradera.

Tampoco se puede crear un super Estado federal de la misma naturaleza que los Estados federados, salvo el caso de que este Estado tuviera un gran poder real restado a los diferentes Estados, lo cual no sería aceptado por éstos en tanto quieran mantener sus características de Estados soberanos.

No es posible una amplia federación con las formas estatales que está sufriendo Europa y América. Quedaría pues la idea de formar una Federación de Estados, los cuales hubieran renunciado a parte de su soberanía. Se plantearía desde luego el problema de renunciar a las soberanías particulares. Lo cual es una medida que tocaría en su esencia al Estado moderno de las soberanías nacionales. Puede ser bueno que los Estados renuncien a parte de su soberanía, formando así un Estado continental o superestado, al cual se sintiesen subordinados todos los Estados de la Federación. Pero este superestado representaría un peligro por la concentración e importancia de sus fuerzas; por el poder que entrañaría con los modernos métodos de contralor centralizados.

América buscará no crear un gran poder centralizado, un Estado militar y fuerte de una nueva naturaleza, pues llegaría con el tiempo a chocar con el Estado de Paneuropa o con las confederaciones asiáticas, sino liquidar o disolver los poderes de los más potentes Estados americanos y crear una buena administración de las cosas. Naturalmente que los poderes se disolverían en las formas primarias que los han originado, en los grupos individuales, colectivos, en las comunas, provincias, naciones, sindicatos, asociaciones, etc.

Las soberanías particulares, ya cuando se organiza el continente, carecen de valor soberano y muestran la ficción, aunque nadie quiere reconocer ésta actualmente, por creencias arraigadas en los mitos de la soberanía del Estado y de la Nación.

Se sigue hablando de soberanía como se hablaba en la Edad media del soberano, y sucede que la soberanía de los modernos Estados, también según serios tratados, proviene de Dios. Se ha transferido la soberanía del rey por derecho divino, al Estado, por derecho divino o natural. Nos encontramos ante un sistema arcaico en que todos los Estados son soberanos y no lo son, por cuanto se cimentan en la fuerza y el poder en última instancia, como ha demostrado la guerra actual.

La reunión de todos estos soberanos, para América, en un solo haz, no puede hacerse sin que desaparezca o la soberanía o los Estados. Si desaparece aquélla, una gran confederación se podría formar, no que heredara la soberanía de sus componentes, sino que sirviera para ordenar al mundo americano y contribuir a unirlo. Corremos el riesgo —al constituir un super Estado— que todos los pueblos americanos le sean vasallos, cuando lo que actualmente buscan los hombres libres es encontrar una fórmula política que sea útil a los pueblos y a su unión, e imposible de transformarse en institución de esclavitud, explotación y guerra. Uniendo los Estados americanos en Federación de Estados, no se adelantaría mucho, ni es muy posible que pueda formarse tal unidad por la naturaleza guerrera del Estado moderno, por la posición depredadora de quienes aprovechan sus funciones, incluyendo por supuesto toda su enorme burocracia.

Es además esencialmente contradictorio unir Estados soberanos que persisten en sus soberanías nacionales. Tales soberanías esenciales son mitos esenciales y sobre mitos no se puede cimentar nada duradero, estable o bueno para los pueblos de América.

¿Pueden las soberanías nacionales entrar a formar parte de un gran Estado o de una Federación americana? Imposible. El más claro ejemplo del fracaso lo tenemos en la Liga de las Naciones, que bien inspirada seguramente, llegó a una rotunda catástrofe, precisamente por aceptar de lleno las soberanías nacionales; resultó que allí los Estados más fuertes tiraban para un lado e imponían su política y economía; no pudo esa unión artificial impedir ninguna guerra y mucho menos la preparación para la guerra. Traicionó sus fines...

No son los principios los que impiden solamente la unión da los Estados americanos y mundiales, sino su propia naturaleza; el nazismo y el fascismo si para algo han servido en la historia, ha sido para demostrar que no puede haber ninguna unión duradera y justa entre los Estados soberanos e integrales, por su propia evolución y substancia totalitaria.

aL soberanía absoluta de los Estados es, aunque no exista en la práctica, por lo menos el ideal, la tendencia a hacerse centro del continente, del mundo y de toda la vida social. Por eso ha fracasado y hundido en una rotunda catástrofe el esfuerzo de la cooperación europea.

Dada la evolución progresiva del Estado moderno todos esos Estados de Europa, que son 26, no caben no sólo en el continente europeo, sino en el mundo entero.

Solamente cabría un gran Estado totalitario, que es totalitario no sólo con relación al individuo sino también con respecto a los demás pueblos y es la doctrina del nazismo que muchas veces esgrimen, por ignorancia, quienes se sienten con sinceridad antinazistas.

Europa no pudo unirse por la dificultad del problema de las soberanías, que es el problema del Estado moderno.

¿Por qué fracasaron todos los esfuerzos de los pacifistas, de los grandes escritores, pensadores, filósofos, ligas, asociaciones obreras nacionales e internacionales; la unión preconizada por el memorándum de Arístides Briand, los esfuerzos de la Unión Paneuropea y cientos de otros menores? No fué solamente la nueva repartición del mundo; no sólo los privilegios conquistados, ni las cuestiones económicas o nacionales, sino las dificultades insuperables que presentaba el problema de unir Estados que por su misma naturaleza no presentaban otra disyuntiva que agigantarlos por conquistas o destruirlos por la revolución.

Si vamos a crear una nueva unión americana, una unidad nueva de pueblos nunca podrá asentarse sobre la base de las instituciones que los han dividido.

Se ha hablado muchas veces de la libertad del Estado moderno; pensaremos que sus atributos no son de libertad sino de poder. La libertad no es virtud de los Estados, sino de los individuos. De ahí que la idea muy arraigada en Europa después de la guerra de 1914-18 de limitar "las antiguas libertades" estatales sea una ilusión; cuanto se puede limitar en los Estados es el poder; y para el Etado el poder es o no es; no puede tener más límites que los de la fuerza y violencia organizada, vale decir la guerra.

También la idea ya esbozada de restricciones impuestas a los Estados, es de imposible realización, como algo duradero y base de paz perpetua, pues ello implica la liquidación de la soberanía y ningún Estado querrá asumir dicha responsabilidad, salvo el caso de desgraciada o desventurada guerra... El fracaso del derecho internacional y de los tratados limitadores del poder de los Estados está registrado en los mil y uno, realizados desde la época más guerrera y belicosa de la humanidad. Nosotros, los americanos, no entendemos las virtudes de los tratados entre un Estado y otro, pues no resuelve ningún conflicto ni contradicción del mundo moderno, de una manera real y definitiva; nos lleva a la guerra o nos entrega a las devastaciones de los imperios de Europa.

El Estado como supremo Dios, con deberes solamente para él mismo, en sí es una creación mitológica de una clase, perfectamente bien esbozada en esa metafísica de Hegel recogida por el fascismo moderno, de una sola definición, las armas, la tiranía...

La lección de Europa en este momento es que ha fracasado no sólo el Estado moderno, sino la unión de Estados soberanos. En el primer aspecto ha fracasado el Estado frente al hombre, pues por medio de la dictadura ,lo ha hecho su siervo definitivamente, merced a las fuerzas dictatoriales que por definición implican la pérdida completa de la libertad humana (1); ha fracasado como unión de Estados soberanos que traerían la paz y solidaridad, trayendo dos estupendas y terribles guerras, con las cuales se hunde Europa y toda su civilización.

Los americanos no podemos llevar después de tamaña experiencia tal sentido; el inconciente de nuestras masas, siempre rechazó las formas estatales dictatoriales de nuestras instituciones, traídas por el capitalismo o imperialismo europeo, por su espíritu; y al emprender ya una rápida marcha de concreción y de realización, necesitamos abandonar una impedimenta con la cual vamos a un rotundo fracaso.

EL MITO DE LA SOBERANIA ESTATAL

Pero en verdad la soberanía es una cosa en Inglaterra, Francia o Alemania, y otra en el Estado de Bolivia, Cuba, Haití o demás países de Sur América.

Fijémonos bien en la historia del siglo XIX; cada uno de los Estados americanos no pudo en realidad devenir un Estado soberano a la europea, precisamente por la expansión de la soberanía de los Estados europeos; quedando las propias relegadas a condiciones teóricas y metafísicas; tal ha de denominarse a las influencias de la penetración imperialista en América durante todo el siglo XIX y cuanto va corriendo del XX. Los Estados americanos nunca fueron soberanos, ni tuvieron fuerza y poder grande por cuanto vivieron influenciados por los Estados europeos y restaron sólo como sectores del poder capitalista mundial. Por ello es que el Estado no pudo adaptarse totalmente en América y el hombre de este continente no lo asimiló nunca. En el siglo XX no pudo concretarse un solo Estado americano; el que está más próximo a un verdadero Estado europeo es la Unión norteamericana, pero en las demás naciones no se llegó nunca a ello por incapacidad del alma del pueblo para entender y sentir el Estado moderno a la occidental (2).

Tiene razón un pensador peruano cuando dice que el Estado fué un artículo de importación, y Lisandro de la Torre, cuando no lo encuentra por ninguna parte en la Argentina.

Los Estados americanos de similor, esfuerzos de grupos de privilegiados para adaptarse a la civilización capitalista y hacer de nuestros países monarquías o repúblicas a la europea, nunca fueron soberanos más que por la influencia europea, por su propia debilidad y estuvieron limitados por los otros y mutuamente encadenados. De donde si en el viejo continente la soberanía tuvo sus límites, en América podemos decir que el Estado no fué Estado ni tuvo jamás soberanía (3). Aquí entre nosotros la soberanía estatal es un mito que no puede levantarse para impedir la unión de las Américas y sus pueblos en una gran unidad. Hoy mismo los Estados, al compás de la guerra, siguen la corriente aliada y probablemente no podrían seguir otra, no por la voluntad de los pueblos, sino por las presiones externas.

La amplia y funesta estatización del mundo crea a América problemas ya unidos a los demás continentes y limitados francamente cuando tienen ideas mundiales o universales de predominio, insanía hoy tan común en los jefes de Estado de Europa y en especial del nazismo.

También el intento de Estado moderno inaugurado en América a mediados del pasado siglo y no consolidado hasta hoy, sufre las enormes limitaciones que se encuentran por parte de los Estados europeos, de los americanos y del inconciente colectivo americano del alma popular. Es aquí, en nuestro continente, donde el Estado no puda ser Estado y donde la soberanía como mito jamás fué respetada, nada más que en la literatura diplomática o de ocasión. Los Es-

---

(1) Una vez que se llega a este nudo gordiano debe desarrollarse una nueva forma de Estado. Se conserva su maquinaria administrativa y el gabinete ministerial, que aun en las democracias ha estado siendo fortalecido por creciente aumento de facultades, se convierte en el cuerpo legislativo y ejecutivo superior a todos los otros. Pero ningún Estado totalitario comienza presentando todos los caracteres de tal. En cada caso nos encontramos con que el partido que logra el poder se halla determinado con toda honradez para liquidar a sus partidarios y a los grupos que le son afectos el derecho de discusión y de participación en el gobierno". (R. H. S. Crossman: "Biografía del Estado Moderno", pág. 273.

(2) Andre Siegfried: América Latina: "El aspecto político", capítulo III.

(3) "Esto es tanto más fácil cuanto que una soberanía de los Estados aislados en lo esencial no existe ya. Está claro que una verdadera soberanía no puede existir sino en un país independiente, y, ¿qué país por grande y poderoso que sea es hoy independiente aún?". (Jorge F. Nicolai: "La guerra y la soberanía de los Estados desde el punto de vista universal". — "Timón" Nº I).

tados no son entidades aisladas y caen bajo la fuerte ley de la interdependencia mundial y continental.

ESTADO HISTORICO Y UNIDAD AMERICANA

En América el esfuerzo de minorías por constituir un Estado centralista, nacionalista y poderoso a la europea, vino a romper la unidad indisoluble y natural de nuestra historia, es decir de la historia de los pueblos de América. Es cronológicamente el esfuerzo más serio por romper institucionalmente nuestro origen común y el móvil mayúsculo de nuestra independencia.

Como ya vimos en otro lugar, todos nuestros grandes hombres y nuestros pueblos fueron partidarios de la unidad americana y se consideraban como un solo pueblo y una sola nación. Se puede contar más de 50 declaraciones solemnes en todas partes, de las cuales se deducen las ideas unitarias continentales (4).

Después de las luchas de la independencia, no existían Estados soberanos y sí la unidad correspondiente a una época, población y espíritu de América. Cuando las soberanías estatales se consolidan, entonces queda rota la unidad americana. Pero como estaba en la tradición y en la tierra, se empezó a trabajar para resucitarla. Aquí lo que necesitamos es retornar a la gran línea de nuestro pasado, no tomar la corriente de Europa, nuestra conquistadora y generadora de la civilización hispano americana, pero distinta de América y de la cultura americana.

Si caemos en la cuenta de que la soberanía de los Estados representa uno de los mayores peligros para las organizaciones humanas, si pensamos que tampoco la mayor parte de nuestros Estados americanos son soberanos, por su interdependencia y porque los más débiles están supeditados a los más fuertes, pues no tienen libertad ni recursos para hacer mucho; si entendemos que las causas de las guerras no se liquidarán mientras los Estados sean como son, empezamos a ver que la unidad política y humana de América no ha de poder establecerse con una unión de los Estados actuales, pues por su misma semejanza todos viran hacia un totalitarismo más o menos encubierto. De aquí el fracaso de todos los pactos y tratados de naciones soberanas y de nacionalismos autónomos y verdaderamente autárquicos.

Tampoco es factible la reunión de todos los representantes intergubernamentales fundada en la igualdad jurídica de los Estados, pues ésta no existe ni podrá existir en cada uno de los Estados que vayan a la unión. De aquí que sea imposible la creación de un gobierno internacional americano, en caso de poder llegar a esta fórmula, peligrosa cuando no inadecuada por la gran acumulación de poder centralizador que ella representaría.

Resta, pues, ensayar no un Estado internacional soberano americano, ni la coexistencia de muchos Estados soberanos nacionales, sino un sistema por el cual los enormes poderes que hoy han acaparado y centralizado los Estados nacionales retornen a sus antiguas fuentes: el pueblo, las comunas, los sindicatos, las uniones de cualquier clase: provinciales, regionales o interregionales, distritales, etc.

Liquidar, pues, el problema de las soberanías políticas que tienen sus relaciones con lo económico, conceder plena libertad a los hombres en estos órdenes y estructurar la nueva unión americana en entidades de orden económico. Es en este orden económico donde se han de organizar las instituciones americanas para todo el continente. Es en este renglón donde hay que buscar por medio de técnicos y estudios estadísticos, de producción, etc., resolver los problemas humanos de la población de América entera: alimentación, vivienda, salud, educación, trabajo.

Ni la política, ni los Estados soberanos se necesitan para levantar las nuevas construcciones; no tienen utilidad ni significado...

Si los 26 Estados de coerción se unen, será para formar uno más grande y por lo tanto más peligroso para los hombres de América y del mundo.

Tenemos bastante experiencia con respecto a nuestras instituciones políticas de América para poder llevarlas a un sumo grado de concentración. Lo cual evidentemente no serviría para mucho; sólo para retardar la verdadera y auténtica unidad de América.

Llevar los Estados nacionales con su terrible nacionalismo a una unión, es seguir haciendo pura literatura, la misma que se ha hecho malamente durante todo un siglo. Creer que los Estados pueden resultar iguales es soñar despiertos; ni el Paraguay puede ser igual al Estado brasileño, ni el Estado argentino puede ser cual el norteamericano; inmediatamente que se toquen asuntos vitales para la naturaleza de las nacionalidades queda roto el pacto y olvidados los tratados; luego no habrá ninguna fuerza capaz de hacer cumplir las decisiones. Y en el caso de un superestado, ya sería una fuerza de poder centralizado terrible, que terminaría por esclavizar o hacer servir a su destino de agigantamiento y totalitarismo a todos los pueblos de América. En el primer caso se nota una carencia de poder para hacer cumplir los pactos a instituciones soberanas que sólo actúan por el poder; en el segundo volveríamos a correr el peligro de un gigantesco superestado que tendría que morir por su misma naturaleza.

Sobre principios nacionalistas e imperialistas no podemos fundamentar la unidad de América. Será una ficción y una mentira convencional y no una verdadera nueva unidad. La Liga de las Naciones fracasó por haber caído en este mismo error, y toda sociedad de Naciones está llamada a un fracaso semejante por las contradicciones, oposiciones y choques naturales de los mismos nacionalismos que hacen ineficaz y limitadísima toda unión.

SOBERANIA Y ECONOMIA

Si quienes piensan seriamente en una unión americana creen que pueda llevarse a cabo solamente con la unión de las naciones-Estados soberanos, están trabajando precisamente contra la idea que dicen sustentar. La igualdad de las naciones es una ficción en un mundo de economía libre y de armamentos enormes, de recursos y maquinismo desigual, de finanzas concentradas. Habrá naciones fuertes y débiles; las primeras se impondrán y las otras girarán en su órbita. Surgirán más poderosas las grandes potencias y en su torno se agruparán otras y las condiciones mundiales o continentales no habrán cambiado; por el contrario, empeorarán por la acumulación de soberanías de las grandes potencias y su consiguiente preparación para las guerras económicas y de conquistas.

La realidad de Europa evidenció hasta 1939, dos grupos de grandes potencias con sus satélites; en la guerra cada grupo ha procurado anexarse cuanto pudiera. Si seguimos idéntico rumbo de unir naciones, Estados soberanos en pactos, tratados o Ligas, pasará lo mismo. Dos o tres grandes potencias, las demás supeditadas a ellas o en el peor de los casos una gran potencia y las otras como sus fieles servidoras. Lo cual resultará un desastre para América, pues es el viejo camino tomado por las nuevas modalidades del gran imperialismo.

Ya fueron estudiadas las conexiones que el sistema de Estados soberanos tiene para con la economía y política de los pueblos. Si se llegara a formar una sociedad de Estados-naciones en América bajo los signos de unión o pactos y se conservara el mismo sistema económico, es decir el capitalismo o el liberalismo económico, esto es, que en el terreno económico-social no se lograra ningún efecto ni cambio fundamental, las cosas seguirían como en la actualidad, con gradual empeoramiento y la guerra o el sistema de supeditación colonial serían sus más próximos resultados.

Con una economía como la actual, sustentadora de tales principios es imposible una unidad política de América, aunque sería viable una nueva explotación y sujeción de los pueblos continentales.

Si vamos a hacer una unión no permitiremos que las finanzas adquieran el contralor de la producción, pues tal fenómeno liquidaría toda unidad política que se intentara formar; no sólo la dificultaría en su génesis, sino que la destruiría.

Si las finanzas dominan los Estados-naciones no se puede crear con ellos algo nuevo, sino caer en una unidad peligrosa, que sería la entrega de la vida de los pueblos americanos a un sistema cerrado de contralor económico y esclavitud política, pues la política y la economía forman un nexo inextricable de acciones y reacciones visibles e invisibles. A una política corresponde una economía y si pensamos en una nueva era económica, no podremos dejar de pensar en una nueva era política, e inversamente.

Los Estados de América en la actualidad, son de un mismo estilo, con la diferencia en el poder y en distintas faces de evolución; unos están en la etapa del superdesarrollo imperial como Norte América, otros en su nacimiento como Bolivia o Paraguay; todos son superestructuras pertenecientes a una época que se va.

Cada Estado-nación es en América una unidad económica de aspiración autárquica; y con su unión simple solamente, no podremos llegar a otro estilo de vida colectiva

---

(4) La Declaración de la Independencia de Tucumán, en 1816, se dirige a los hombres de América.

y mundial; nos quedaremos en los mismos males y aumentarán las dificultades en el orden económico y social. Del desorden y sus métodos no se puede llegar a un orden científico o verdaderamente social. De una economía capitalista o del despilfarro e injusticia no se puede hacer más que otra economía capitalista de despilfarro, de mayor amplitud e injusticia; salvo el caso de un proceso revolucionario transformativo.

SOBERANIA E HISTORIA

La idea de que el Estado-nación haya sido el ideal y la meta final de la evolución del pensamiento y acción de los revolucionarios de nuestras guerras de la independencia y posteriormente de las civiles luchas, es falsa. Nuestros cercanos antecesores no quisieron, ni pensaron en formar unos cuantos Estados-naciones separados que fracturaran la geografía y el espíritu continental; quisieron y hablaron de todo corazón de una sola organización nueva y grande de América, libre en sus pueblos sin contralor financiero y sin dependencia política de ninguna potencia o fuerza exterior o interior; de aquí la emoción y grandeza de las luchas por el federalismo.

El Estado en sus múltiples individualidades fué impuesto desde el extranjero y por fuerzas extrañas a la tierra nuestra.

En Europa se creía en ese entonces en la divinidad del Estado heredada de antiguos monarcas. Hegel creía y sostuvo que el Estado-nación era la fórmula final de la evolución histórica de la humanidad y esto en el Estado autocrático y absoluto. Tal pensamiento y acción fué impuesto a través de la acción a los distintos sectores americanos, porque eran las características principales de una cultura y la voluntad de orden de los detentadores de las tierras y riquezas.

Y no tiene nada de extraño, pues ese fué el pensamiento del liberalismo moderno y el punto a que también llegó la Liga de las Naciones, fracasando, como se sabe, en el intento de unir a los pueblos.

No todo punto culminante es un éxito. Hay quienes piensan que el Estado totalitario es el máximo de evolución institucional humana y evidentemente es la culminación de un tipo de civilización cuyos resultados son la guerra.

De acuerdo con nuestra historia somos los pueblos mejor preparados para las nuevas formas de vida colectiva; es decir para las nuevas unidades. En América el Estado no tuvo éxitos; no se pudo consolidar como en Europa; jamás logró arraigar; aquí triunfaron los caudillos, las revoluciones y las dictaduras ordenaron epidérmicamente, pero la sustancia popular, el meollo americano permanece alejado, indemne y no ha sido corrompido.

Los nacionalismos como base de gobierno fueron altamente defectuosos y no llegaron a solucionar los problemas básicos humanos de los pueblos americanos. Este PUNTO MAXIMO, al cual se dice llegó la civilización aquí entre nosotros, no dió tampoco resultados...

¿Qué es el nacionalismo en América? Es el sistema de las finanzas internacionales, es la vida del imperialismo. ¿Vamos a unir nosotros a América sobre y con estas bases? No es posible, y si organizamos los esfuerzos en tal sentido el fracaso será tanto más rotundo cuanto mayor sean las fuerzas a organizarse. La base de una verdadera unión es la liquidación o el contralor de las finanzas internacionales y la desaparición de los imperialismos, por lo menos en América.

AMERICA, FORMA SUPERIOR DE ORGANIZACION POLITICA

Hemos visto cuanto dice el Estado-nación como concentración de poder y la autodeterminación nacional como contenido del gobierno. Miseria y guerras.

Si estas unidades de cooperación económica no dieron los resultados que se pensara, sea por lo limitadas o por la interdependencia del mundo, menester es encontrar unidades más amplias y mayores donde realizar la máxima cooperación y solidaridad, y en América ella es la unión de todos sus grupos humanos.

La unidad de América despojada del inconveniente de las soberanías y de la limitación de las fórmulas del viejo Estado-nación es la más brillante y oportuna forma nueva superior de organización política y social. Es algo natural que no pudieron romper del todo los errores de un pasado que en muchos aspectos no nos pertenece.

Finalmente, no se puede pensar que las fórmulas definitivas de la cultura de occidente o de las nuevas formaciones americanas hayan dado solamente naciones como Brasil, Argentina, Venezuela, Estados Unidos, etc. No; esto no es ni puede ser la total creación de la historia de la humanidad en América. Los pueblos de nuestro continente no se agruparon para una constitución así, definitiva y eterna. La unión americana, Brasil, Argentina, Perú, etc., son etapas, grandes esfuerzos para futuras y otras creaciones más vastas. No son la meta, aunque pudieran ser el punto de partida. La cooperación y la solidaridad no conoce límites. La paz y la justicia no ha llegado y les toca a los jóvenes de nuestra generación y a todos los hombres trabajar por ella.

La unidad de América también es la expresión del esfuerzo coordinado de los hombres en un momento histórico dado para la coordinación de la producción y la distribución...

Somos muchos cuantos creemos que todo esto podemos realizarlo.

UN LIBRO DE ALCIDES GRECA: "EN TORNO AL HOMBRE"

Por TITO L. BANCESCU

UN libro bueno e interesante es la última producción de Alcides Greca. Sus capítulos son amenos e invitan a continuar la lectura, a devorar las páginas. Porque cada una de ellas enfoca un personaje distinto, un tipo humano cuyo espíritu ha sido "viviseccionado". Asombra la franqueza del autor que ha dado rienda suelta a su pluma, sin parar mientes en el qué dirán. Precisamente eso es, al parecer, lo que persigue: que los lectores digan algo, que le refuten, que le observen.

Pero ¿quién se atrevería a dar semejante paso, desde que Greca no perdona a nadie? El genio, el escritor, el periodista, el sacerdote, el pedagogo, el orador, el político, el militar, el profesor, el ministro, el diputado, el juez, el artista, el hombre de la alta sociedad, el hombre eminente, el hombre ilustre, el hombre y la mujer que usan o no sombrero, el chismógrafo, el vanidoso y, para terminar, también el infaltable Tartufo con su blanco uniforme. Todos ellos son psicológicamente observados, robusteciendo sus consideraciones con citas de F. O. Brachfeld, Adler, Marañón, Ortega y Gasset.

El complejo de inferioridad y de superioridad son analizados con verdadera maestría, pues presto se nota que Greca ha meditado, ha madurado los capítulos con la paciencia propia de quien se propone lanzar a la circulacinó un libro audaz, pero necesario. Los saetazos del autor constituían una necesidad en los tiempos que vivimos, en estos días en los cuales la desorientación individual y colectiva es cada vez más pronunciada. Todo el mundo se cree perfecto, puro, angelical; y Greca nos dice en su libro "En torno al hombre" que la humanidad no es pura, ni angelical, sino defectuosa en sus múltiples manifestaciones, defectos que aumentan y eclipsan sus pocas virtudes.

Un trabajo como éste hacía falta en nuestro país, para sacudir los espíritus y desempeñar la ponderada función del socrático tábano. Sus colegas de cátedra y sus discípulos tampoco se salvan de sus observaciones. Por esto creemos que "En torno al hombre" es una prolongación y una ampliación de "El hombre mediocre', de José Ingenieros. Greca, igual que Ingenieros, busca en el espíritu humano y no vacila en arrojar a la superficie todo lo que allí encuéntra. En esto radica su gran mérito y su laudable decisión de no evadirse por las ramas. Por eso Greca es un escritor que combate primordialmente la hipocresía; su pluma acerada exterioriza y refleja todo lo que ve y todo lo que siente.

Si todos los escritores tuvieran la valentía moral de Greca, a buen seguro que los pueblos, al cabo de algunas décadas, dejarían de ser lo que son. Ellos transformarían la estructura psíquica de las naciones y del mundo. No expresamos ditirambos, sino que tenemos la convicción de que el escritor es, sobre todo, un educador de multitudes. Y para educarlas o reeducarlas, es necesario tener el valor de decir las cosas por su nombre sin recurrir a los términos ambiguos. Aquellos que tendrán la oportunidad de leer el libro de Greca, podrán después confirmar este criterio nuestro y no dudamos que experimentarán la misma sensación que hemos sentido nosotros, ante la franqueza de un escritor que sabe decir lealmente lo que somos.

"En torno al hombre" ha sido editado en forma prolija por la Editorial Losada .

STEFAN ZWEIG *Un Gesto Sublime pero Negativo*

EL maravilloso buceador de almas ha sorprendido al mundo con la irrevocable decisión de abandonarlo, dando fin a una intensa vida de creación y de superación artística, en una obra que ya es clásica y que permitirá a las generaciones venideras apreciar algunos rasgos profundos de la inquietud de nuestro tiempo.

Stefan Zweig no ha querido seguir viviendo, porque ya no encontraba objeto ni aliciente en esta labor, en un mundo convulsionado, en medio de una cultura destruída y donde el gran escritor no ha visto, sin duda ninguna perspectiva para un mañana mejor, más o menos próximo. Sus últimas palabras, conocidas a través de la breve carta que publicó la prensa, revelan claramente esa desesperanza, esa rendición ante la fatalidad de un desastre que ha arrebatado al poeta su patria espiritual, condenándolo a vagar por el mundo como un sin patria más, pese al hecho de haber sido recibido con tanta cordialidad en algunos países de América, entre ellos aquél donde pasó sus últimos días y hacia el cual expresa su agradecimiento en la despedida final.

Por supuesto, no se trata de que Zweig haya tenido que soportar grandes penurias materiales, como es el caso con tantos otros exilados que se han visto reducidos de pronto a una condición mendicante, después de haber llevado una vida digna, honesta y aun llena de comodidades. Al gran escritor le fueron ahorrados estos sufrimientos que han llevado al suicidio o a la desesperación a millares de víctimas de la furia totalitaria. Como lo han hecho notar algunos comentarios periodísticos, Zweig no tenía **personalmente** motivos de desesperación, ya que era mundialmente admirado, disponía de medios holgados de vida y tenía el afecto inapreciable de la mujer que se resolvió a acompañarlo en su decisión final.

Y, sin embargo, Zweig ha renunciado a la vida. No ha sido el dolor personal; no ha sido la desgracia propia, íntima, intransferible, la que lo ha golpeado, llevándolo al gesto extremo. Fué el dolor del universo, la tragedia de nuestro tiempo, el hundimiento de los grandes valores culturales considerados definitivamente arraigados en la humanidad, lo que lo empujó a ello.

He aquí un gesto grandioso, cósmico, que sólo pueden realizar los hombres capaces de sentir como cosa personal, la gran tragedia humana. Los escritores que no ejercen simplemente el oficio técnico de combinar frases y emitir juicios convencionales. Y bien sabemos que en todo, aun en la expresión de lo objetivamente verdadero, existe el matiz convencional, la nota falsa. Lo que se dice sin sentir, para tranquilidad de conciencia o para fines subalternos. Un escritor que no sea un simple analista, un mero técnico de la palabra; un escritor que sienta profundamente su misión, que se identifique con las grandes ideas que proclama, hasta el punto de no poder seguir viviendo si esas ideas son asfixiadas, eliminadas de la sociedad; un escritor de ese temple no es sólo escritor, novelista, psicólogo, etc., sino que entra en la categoría del verdadero apóstol, el que predica con el ejemplo.

Esto en cuanto a juzgar sobre la personalidad de Stefan Zweig, una personalidad **integral**, absolutamente identificado, en su vida y en su muerte, con el espíritu de su obra. Pero, con todo lo que su acto final tiene de sublime, muestra el lado débil de aquella personalidad, no obstante ofrecer en máximo grado la conjunción del carácter de artista y de apóstol. Y ese lado débil consiste precisamente en el renunciamiento, en el abandono de la lucha, en el reconocimiento de una derrota total.

Cuando decimos que el gran artista ha predicado con el ejemplo, queremos expresar que ha demostrado ante el mundo su profunda y absoluta personalidad, lo que no impide que la máxima que se desprende de ese acto final sea negativa. El escritor ha sido consecuente consigo mismo, con sus ideas, con su concepción del mundo. Ha repudiado las fuerzas del mal, las fuerzas de la barbarie totalitaria. Pero no ha podido contribuir a la lucha contra esas fuerzas negativas. No fué capaz de pronunciar el tan necesario llamado a la acción y a la resistencia, que los pueblos, o al menos sus fracciones más avanzadas, saben escuchar y seguir, cuando viene de un gran espíritu, de alguien que ha conquistado el derecho de enseñar a sus semejantes.

Este es el lado débil del artista y apóstol: la falta de las condiciones del hombre de acción, del luchador, del militante. La lucha es una cosa áspera, desagradable para los creadores de belleza y los maestros de la sabiduría serena. Aun inspirada por los más nobles ideales, aun persiguiendo metas de amor y supremo idealismo, la lucha es dura, implacable. Algo que casi siempre nos deshumaniza en cierto grado, mutila o sofoca los sentimientos espontáneos, nos obliga a ser crueles con nosotros y con los demás. De ahí que los espíritus supersensibles, los caracteres contemplativos, sientan repugnancia ante toda lucha activa. Resisten pasivamente, hasta donde pueden, las agresiones de la iniquidad, pero no son capaces de devolver los golpes, no son capaces de defenderse ni de defender la justicia.

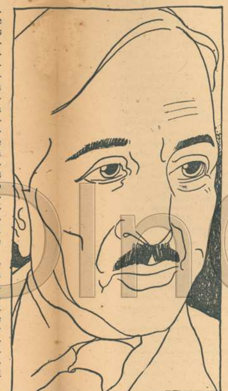


Ilustración de PEDRO OLMOS

No cabe duda, que el momento trágico y tormentoso que vivimos es el menos propicio para espíritus de esta índole. Hoy sólo se puede vivir —abrigando la esperanza de sobrevivir a la barbarie triunfante— sin deformarse ni adaptarse a la corrupción que emerge de todo absolutismo, con esta condición indispensable: la de resistir, activamente; esto es, de ser beligerante. Tan solo combatiendo el mal totalitario en todas sus formas, lo mismo en el terreno cultural como en el político, social y económico, creando el espíritu de guerra santa contra esta terrible plaga de nuestra civilización, se puede mantener la tranquilidad de conciencia que un hombre digno necesita para seguir viviendo sin abochornarse, sin sufrir la torturante impresión de estarse degradando paulatinamente, de irse hundiendo poco a poco en un enorme lodazal.

La gran tragedia de los soñadores y los artistas puros que no quieren abdicar de su dignidad humana, ni aceptar un compromiso entre su obra y el ambiente social, es precisamente esa incapacidad de hallar una salida en la acción, válvula de escape que permite conservar el equilibrio espiritual, en medio de las tremendas conmociones y los conflictos más violentos. Y entonces, o se deforman moralmente y terminan por abdicar, después de un proceso hondamente doloroso, o buscan la salida que encontró Stefan Zweig.

Afirmación suprema de dignidad personal, pero enseñanza dolorosamente negativa, repetimos. ¿Qué otra cosa quisieran los dictadores, sino el reconocimiento de la impotencia del pensamiento libre? Ellos saben, lo mismo que nosotros, que en tanto anime a los pueblos una esperanza de resurrección, en tanto existan firmes y empecinados propulsores de la resistencia, en tanto se mantengan los baluartes morales y materiales de la libertad, aun cuando fuera en pequeños reductos de la acción y del pensamiento, el triunfo de la barbarie totalitaria no es seguro y puede convertirse rápidamente en declinación y derrota. Por eso creemos que ningún esfuerzo, ninguna actitud es despreciable o insignificante, siempre que tienda a conservar la fe del pueblo en la libertad, que es fe en sí mismo y animar de un modo u otro el espíritu de resistencia.

La humanidad requiere en este momento crítico de su historia, por encima de todo, a los heroicos, decididos y encarnizados animadores de la lucha contra la barbarie organizada, que significa el ocaso del pensamiento libre, de la cultura y la cordialidad en las relaciones entre los pueblos. Necesita hombres de fe y hombres de acción, conductores espirituales hacia la meta que señale el resurgimiento de la libertad, fuera de los viejos y caducos moldes que la aprisionaban para deformarla, y la instauración de un verdadero orden nuevo de convivencia, donde hubiera un amplio y sano ambiente para las libres creaciones del espíritu y donde una paz real, sólidamente asentada en normas de justicia social, permitiera una serena contemplación de la belleza.

¿Existen hoy esos grandes animadores, esos conductores espirituales de la lucha dignificadora? No podemos afirmarlo, desde que no reconocemos tal condición a los viejos caudillos de las viejas democracias, destinadas a superarse o a perecer. Pero existen, indudablemente, en todo el mundo, núcleos de luchadores empecinados. Fuerzas jóvenes, en estado latente, que esperan el momento de entrar en acción para salvar al mundo de la esclavitud y salvarse a sí mismas de la abyección y la vergüenza. De ahí, de esas nobles reservas humanas, saldrán sin duda los valores individuales, los hombres representativos de la nueva era de lucha y de reconstrucción. Saldrán de esos núcleos bien templados en el combate, en el dolor, en la adversidad. El destino de la humanidad depende de la eficacia de su acción.

En esta hora de violenta transición y dolorosa incertidumbre, la desaparición voluntaria de Stefan Zweig adquiere una profunda significación simbólica. Rindamos homenaje a la suprema grandeza de su espíritu, pero levantemos muy alta la bandera de lucha y de fe en el destino de la humanidad, que él no tuvo fuerzas para agitar.

ACCION INTEGRAL

para combatir todas las formas del totalitarismo

SEA cual fuere la opinión que tengamos acerca del valor intrínseco, desde el punto de vista del progreso social, de las directivas y consignas dominantes en los medios populares, constituye, desde luego, un hecho auspicioso la formación y consolidación de una fuerte corriente antitotalitaria en estos países, cuyas manifestaciones más visibles y más generales se expresan en el repudio al nazifascismo, en relación con su brutal política de guerra por cuya causa ésta ha extendido sus devastadoras consecuencias sobre el mundo entero.

Verdad es que gran parte de esa corriente ha sido fomentada y es mantenida por los intereses políticos y económicos de las grandes potencias beligerantes, del bando democrático. Intereses que son sustancialmente materialistas, de dominio particular y que no representan de por sí y de un modo ineludible, una finalidad antitotalitaria o antifascista. No van más allá, confesadamente, que a la destrucción del poderío militar de las potencias totalitarias y eventualmente a una nueva ordenación política mundial que elimine a dichas potencias como participantes de primera fila en el conjunto de los Estados que se han estado disputando la hegemonía en un plano continental o mundial.

Existe no obstante una conciencia popular antitotalitaria que responde a un sincero repudio contra los métodos dictatoriales de dominio, contra la crueldad y la barbarie erigidos en normas políticas por excelencia, contra ese conjunto de medidas frenéticamente autoritarias que reducen a la inmensa mayoría de los individuos a la condición de esclavos encuadrados dentro de normas rígidas y que hacen tabla rasa de todas las conquistas de la cultura y de la dignidad humana. Sería absurdo y peligroso confundir esos dos aspectos de la lucha contra el totalitarismo. El que responde a una simple combinación de intereses de determinadas clases dirigentes o de ciertos estadistas que representan a dichas clases y el que refleja un conjunto de tendencia populares, incluso las de extrema izquierda social y, por supuesto, todos los sinceros amigos de la libertad. No puede establecerse, evidentemente, una línea divisoria neta que demarque las dos **zonas** a que nos referimos de la lucha antifascista. Los dirigentes democráticos de la actual guerra mundial saben perfectamente que su causa está perdida si no logran despertar y poner en acción, con la máxima intensidad, las inmensas energías que potencialmente poseen los pueblos y sin las cuales el simple mecanismo militar de cualquier nación, por muy bien montado que esté, resulta de muy relativa significación en una contienda en la que está en juego la suerte de todo el mundo. Se esfuerzan, por consiguiente, en atraerse la gran masa humana de los diversos países, beligerantes o no, a través de motivos idealistas y, de ser posible, también de una mística especial de lucha, capaz de suscitar los más extraordinarios sacrificios, así como los totalitarios crear su poderío en gran parte creando una mística morbosa de conquistas y de predominio racial.

Por otra parte, los sinceros combatientes por la libertad y la justicia social, cuyos objetivos van mucho más allá que la simple derrota militar del nazifascismo y para quienes el restablecimiento de la democracia burguesa en el mundo no es por cierto una finalidad de lucha, comprenden a su vez que el problema inmediato, absolutamente apremiante y previo a cualquier reivindicación posterior, es el aplastamiento de las fuerzas totalitarias y que para ese objeto deben aprovecharse necesariamente todos los factores favorables, sin que ello implique el olvido de los verdaderos objetivos de libertad y justicia que habrán de plantearse con toda claridad cuando llegue el momento de cumplir la gran reconstrucción económica y política de los pueblos.

Es así como se confunden aparentemente ambas corrientes, provocando en algunos una estimación escéptica sobre el carácter y la finalidad esencial de la lucha antitotalitaria que consideran simplemente como un aspecto de la puja por el predominio imperialista de las grandes plutocracias. Otros, en cambio —y son los más— incurren en una exageración contraria, que consiste en abandonarse incondicionalmente a las directivas de los dirigentes demo-plutocráticos, dejando de lado, incluso en los planes teóricos de reconstrucción, las posiciones y reivindicaciones revolucionarias que, en fin de cuentas, son las únicas dignas de los inmensos sacrificios que se están exigiendo a los pueblos.

No nos cansaremos de puntualizar los graves errores que significan ambas exageraciones, en cuanto a los resultados prácticos que pueden derivar de ellos en la indispensable acción de eliminar el totalitarismo de sobre la faz de la tierra.

Debemos señalar al respecto que estuvimos entre los primeros en señalar y denunciar el enorme peligro que significaba la expansión del totalitarismo en el mundo, destacando que ello implicaba el establecimiento de un sistema de verdadera esclavitud, donde la omnipotente burocracia del Estado totalitario, heredera de las clases privilegiadas bajo el capitalismo, a las que iba en gran parte a suplantar, imponiendo un yugo mucho más pesado y más difícil de sacudir, precisamente porque el "nuevo sistema" eliminaba cuidadosamente, no sólo los medios efectivos de oposición por donde pudieran manifestarse la voluntad popular, sino también los factores **potencias** de libertad y espíritu crítico, al secar todas las fuentes de pensamiento libre y al forjar un tipo monstruoso de ciudadano-súbdito que sólo conoce y acepta lo que los amos y jerarcas le quieren hacer conocer y aceptar.

El totalitarismo, cualquiera sean sus matices y atributos particulares, representa sencillamente el absolutismo de Estado, con todos los terribles excesos y defectos que permite la concentración del poder con los medios de la técnica moderna. Es esa concentración de poder, esa tremenda hipertrofia autoritaria, lo que lo hace más peligroso, más condenable y repulsivo, según nuestro punto de vista. Las contingencias de la guerra actual y el demagógico empleo del factor o de la facción racista por parte de los nazis, ha situado para la mayoría el problema sobre el terreno de las razas y de las nacionalidades subestimado el otro aspecto fundamental a que nos referimos. De ese modo se reduce la cuestión a procurar al aplastamiento militar de Alemania y del Japón (Italia, como los demás vasallos de Hitler no cuentan como factores esenciales), considerando que de ese modo y con cierto desmembramiento político de esos países, el peligro del totalitarismo quedaba definitivamente aventado.

Aun reconociendo el c a r á c t e r específicamente agresivo de los imperialismos germano y nipón, debemos precavernos contra las consecuencias prácticas de semejante planteo, que en fondo reduce la cuestión a una lucha entre pueblos malos y pueblos buenos, entre individuos diabólicos cargados con todos los atributos del mal y seres providenciales destinados a salvar a la humanidad de los errores que aquéllos le han preparado.

Por infantil y simple que parezca el caso presentado de esta manera, fuerza es reconocer que para muchos la gran contienda actual se reduce a esa fórmula ingenua. Mientras las finalidades reconstructivas de la guerra se presentan en forma harto general y nebulosa, se va precisando cada vez más el propósito de anular o desmembrar a las "potencias agresoras", como objetivo supremo de esta titánica lucha. Con lo cual, aparte de centrar la cuestión en motivos exclusivamente nacionalistas y raciales, se aparta la atención de los pueblos de lo que creemos realmente esnecial, fundamental: la lucha contra el totalitarismo como sistema, su destrucción como tal en todos los continentes, en todos los países y a través de las distintas formas o denominaciones que adopta. Se trata, en efecto, de combatir el imperialismo y el absolutismo de Estado, sean cuales fueren los individuos que lo representen o los pueblos que le sirvan de sostén inmediato. Tan malo, repulsivo e inhumano es ejercido por alemanes, italianos o japoneses, como si fuera impuesto por anglosajones o latinoamericanos. La dictadura es siempre la dictadura y resulta tanto peor cuanto más medios materiales dispone para mantenerse por sobre los pueblos, vencidos o engañados, sometidos siempre. Los ejemplos de dictaduras americanas que conocemos, aun bajo disfraz democrático, son bastante ilustrativas al respecto. Si no son más peligrosas y agresivas, si se ven abligadas a disimularse bajo cierto mimetismo de circunstancias, ello se debe simplemente a que no disponen de la potencia necesaria para mostrarse cínicas, agresivas e imperialistas.

Es indispensable, pues, hacer hincapié en la corriente popular de la lucha contra el totalitarismo, en la formación de una conciencia esclarecida sobre las causas y los posibles fines, deseables o indeseables, de la contienda actual, en la que no se conciben "neutrales" en el sentido estricto de la palabra. Los hechos o, si se quiere, los errores o negligencias del pasado han determinado esta situación que requiere como necesidad previa la derrota de las potencias expresamente totalitarias, para lo cual se necesita el empleo de todas las armas y de todas las fuerzas posibles de aplicar. Sea. Fórjense esas armas y cúmplanse los esfuerzos necesarios. Pero que no ocurra una vez más que, por un exceso de ingenuidad, de descuido, de pereza mental o de algo peor, los frutos de la victoria sean escamoteados al pueblo y éste tenga que sufrir los mismos sistemas de opresión y explotación ilimitada que ha combatido a costa de ríos de sangre y de sacrificios inauditos.

Dicho de otro modo. Hay que realizar una lucha integral contra el totalitarismo, extirparlo en todas partes e impedir que eche nuevos brotes. Y eso sólo se logrará si los pueblos se mantienen siempre vigilantes, si cumplen un papel activo y conciente en la lucha y no sirven simplemente para suministrar el "material humano" de que hablan los técnicos de la matanza colectiva. En estos momentos decisivos y cruciales para el destino de la humanidad, creemos de vital importancia ahondar esos conceptos en la masa popular, aun a plena conciencia de constituir en la hora actual una pequeña minoría, que no quiere perder la brújula que nos guía hacia la libertad, en medio de mares convulsionados que amenazan devorar todo vestigio de verdadera civilización.

JACOBO PRINCE

"COPLAS" por Antonio de la Torre

LA copla es el medio corriente de expresión popular. Pero para que dicho valor expresivo surja espontáneo de la aparente sencillez de los versos debe reflejar, junto a su clima geográfico, el íntimo sentido espiritual de sus elementos constructivos. Recoger esos elementos sin que se disgregue su esencia, dándole jerarquía artística, es sin duda la máxima aspiración del poeta. En el cancionero español hay elocuente ejemplo de lo dicho y difícilmente se encontrará un país en el cual la copla haya pintado con tanta agudeza y veracidad psicológica el carácter e idiosincrasia de los distintos pueblos que forman el conjunto del mosaico ibérico. Desde fecha sin posible exactitud fué la copla la forma utilizada con preferencia para cantar diferentes estados de alma, siempre dentro del cauce cuyo venero arranca de lo genuinamente popular. Al ser trasplantada a otras latitudes tomó de cada región la modalidad propia de la misma, enriqueciéndose con nuevas sustancias, y era natural que en la dilatada extensión de nuestro país encontrase ancho itinerario para recorrer.

Por este camino se internó Antonio de la Torre y a su vuelta trajo, condensado en un bello libro, el sentimiento lírico precursor de un tipo étnico con relieves propios. "Coplas" trae hasta el nerviosismo cosmopolita de la gran metrópoli ráfagas de aire limpio y agreste aroma de una región que es avanzada esperanza para nuestro futuro. El título, que es como una ventana para penetrar en la atmósfera lírica del volumen, da a éste acorde perfecto, y bajo su simple enunciado Antonio de la Torre ha conseguido atrapar en la invisible red de la poesía lo "difícil de lo sencillo". Ha calado hondo en el paisaje y en los hombres, extrayendo de ambos la savia vigorizante de su verso para cantar las reacciones siempre renovadas del amor, la alegría o la pena, o enfocar aspectos político-sociales con socarrona picardía criolla. De esa identificación entre el lugar y el elemento humano a él apegado brota el carácter colectivo de las coplas; la palabra del poeta va ensanchando, como los círculos en el agua, el punto inicial hasta que, por el milagro de la revelación poética, se confunde en la boca múltiple del pueblo. Que es, en definitiva, el destino de la copla. El libro mencionado ocupará un sitio preferente en la poesía argentina, y a los nombres de Luis Franco, Luis Cané y Javier Villafañe, que han dado a la copla jerarquia estética sin despojarla de sus valores esenciales, se agrega desde ahora, con brillo muy suyo, el de Antonio de la Torre, en el cual la región cuyana ha encontrado al poeta que la enmarca en nuestra realidad nacional.

El volumen, con pie de imprenta de Ediciones Oeste, trae una acertada carta-juicio de Juan Pablo Echagüe firmada con su seudónimo de Jean Paul, y dibujos de Amadeo Dell'Acqua. De éstos sobresalen, por su honda sugerencia, los que ilustran "La copla", "Coplas que el tiempo dejó" y "Coplas de lo irremediable".

Antonio Vázquez Escalante

POR UNA MAYOR UNIDAD ENTRE LOS PUEBLOS DE AMERICA

AL plantearse el importante problema de la unificación de las fuerzas de todos los países de América para la lucha contra el totalitarismo, surge la necesidad de poner en claro algunos aspectos del mismo, que revisten una significación especial para quienes comprenden cuál debe ser el verdadero espíritu de la anhelada unidad.

Ante todo, afirmemos que todos los esfuerzos resultarán estériles, si los limita el propósito de lograr ventajas inmediatas, ya sea en el terreno militar o económico, mediante el entendimiento más o menos sincero de los gobernantes de nuestras 21 repúblicas. El hecho de que en esta ocasión se hayan superado las discrepancias que en numerosas tentativas anteriores frustraron la unidad de los Estados, no significa que hayan desaparecido las causas de aquéllas, sino que se han producido acontecimientos —la propagación de la guerra a nuestro continente— que obligan a limar asperezas y aceptar la "espontánea colaboración"; porque no han desaparecido los grupos oligárquicos enseñoreados en cada país, ni los intereses sagrados de las grandes empresas comerciales, ni la competencia por los mercados de exportación, ni las rencillas por la posesión de una lonja de terreno en la frontera del país vecino, ni los caudillos reaccionarios cuyo política consiste en nadar siempre a dos aguas, a la espera de aprovechar la situación más ventajosa.

Creemos indispensable trazar estos lineamientos generales, que deben ser la base de un programa que conduzca a su materialización. A esta tarea están ya consagrados hombres e instituciones que coinciden, en cada país de América, con los propósitos señalados.

Lo que nos interesa destacar en oste artículo, es el papel que en la presente cruzada de unidad ha de desempeñar el pueblo norteamericano. Se ha creado un clima de confusión a este respecto, más que nada como consecuencia de que el aspecto constructivo de la propaganda antiimperialista se ha encarado con la tendencia a constituir un bloque de los países de Centro y Sur América, con la exclusión absoluta de los Estados Unidos. Con toda justicia, se tendía a encauzar la acción de independencia del imperialismo yanqui —el más fuerte en los últimos años en el continente— hacia la formación de un conglomerado de los pueblos llamados indistintamente hispanoamericanos, indoamericanos o latinoamericanos. Los hombres de mayor inteligencia, luchadores e intelectuales respetados por todos los pueblos de esta parte de América, dieron así contenido positivo, a la vez que moral, a la rebeldía instintiva del explotado trabajador de Cuba, Haití, Santo Domingo, Nicaragua, México, Brasil o Argentina, confundiéndose al mismo tiempo en idéntico plano al gobierno y al pueblo de Estados Unidos, considerado extranjero dentro del continente.

Por su parte, contribuyen a crear la confusión que queremos disipar, numerosos periodistas norteamericanos, cuyas notas hemos leído, y turistas que transmiten a aquel pueblo el fruto de sus "estudios", después de un viaje por vía aérea, con permanencia de tres o cuatro días en alguno de nuestros países. Su falta de conocimiento de los valores sociales, del espíritu popular, de la opinión no oficial y las posibilidades potenciales existentes acá en cuanto a la participación en luchas por las libertades en el continente, hace que nos presenten falsamente, dando relieve a detalles típicos pintorescos sin importancia alguna y, en general, con tendencia a la inferiorización. Ello constituye un gran obstáculo al entendimiento recíproco de nuestros pueblos.

Hoy, producidos a causa de la guerra acontecimientos que tendrán como epílogo indiscutible una remoción radical del régimen político-económico vigente, ha llegado ya la hora de rectificar la interpretación del problema imperialista. Es hora de establecer una clara diferencia entre el pueblo y el gobierno de los Estados Unidos, sin dejar por ello de lado la posición antiimperialista, ni aun tomando como pretexto la necesidad de formar un frente compacto contra el totalitarsimo. Una cosa es, empero, mantener la consigna de la independencia económica, y otra muy distinta es conceptuar al pueblo de los Estados Unidos en su condición de tal, sobre todo si queda establecido el carácter social de la unidad que propiciamos en el continente.

Nada está más distante de la realidad que negar importancia a un pueblo que es de los más avanzados, en cuanto a cultura, dignidad moral y capacidad de trabajo. Máxime al emprenderse una labor de coordinación cuyas dos etapas requieren el concurso de todos los esfuerzos: primero para derrotar al enemigo totalitario; luego para implantar un sistema de organización de la producción y equitativa distribución de las riquezas en todo el continente. Por el contrario, creemos que hay que alentar una mayor vinculación entre los hombres y las entidades de los Estados Unidos y los nuestros que coincidan en los propósitos esenciales. Y, sobre todo, debemos expresar nuestras reivindicaciones en forma clara, que permita a todos los norteamericanos concientes comprender la justicia de las mismas.

Más claramente: demos contenido social, más que regional, a nuestro programa; trabajemos por la unidad de todos los americanos, sin perjuicio del aprovechamiento de los valores étnicos, geográficos o culturales de cada región de América; coordinemos en base a una finalidad precisa de superación social, los esfuerzos que en cada uno de los países se efectúen con miras a una radical reconstrucción postbélica.

I. MAGUID

T A R J A

Por PEDRO GODOY

EN 1926 apareció "Cara o Cruz". Con este pequeño volumen de versos se hizo conocer a un sector determinado de público Pedro Godoy. Era aún la época en que dos tendencias literarias dirimían posiciones desde el suburbio y el lujo descarado de Florida. Entre el laberinto de hermética obscuridad abierto por la "revolución" martinfierriana, que fué en muchas ocasiones cortina de humo para cubrir ausencia de talento —no desconocemos, empero, lo que hubo de auténtico en dicho movimiento— los versos de Godoy pusieron un matiz de sinceridad. Luego dió a la imprenta dos títulos más, y actualmente ha presentado al veredicto de los lectores, "Tarja". En el lapso comprendido entre la obra inicial y la última el elemento poético utilizado por el autor se ha vigorizado y es notoria la seguridad de su acento. Los temas encierran en general idéntica analogía a los tratados anteriormente, pero ahora la mayor destreza en el verso hacen que aquellos fluyan con firmeza, agregando a su contenido emocional la base necesaria para llegar al fin propuesto. Otro de los méritos de "Tarja" es la comprensión humana que la anima. Por ella vulgares asuntos de la realidad cotidiana se evaden de su prosaísmo, como en "Nicola" y "Responso", saturadas de cierta amarga ironía, pero siempre con indulgente sentido de la realidad circundante. "Romance de los vientos" es en otro aspecto una de las composiciones más bellas del libro.

"Tarja" trae en su modesta presentación gráfica el sello de Editorial Nueva Vida, Buenos Aires.

A. V. E.

LA FUNCION HISTORICA DEL DIBUJO

Folleto de José Martorell, 1941

EL que usa un arte y una técnica para poner en juego sus emociones con fervor entusiasta, realiza la gran aspiración del artista, del creador: prolongarse en los demás, con intención de reformador social. Tal la posición de José Martorell en su obra docente y cultural, conocida desde hace muchos años; mantenida con singular cariño a través de su actuación. En las páginas de "La función histórica del dibujo", sintetiza sus conceptos después de evocar con acierto la evolución del dibujo en la historia del arte y la civilización, reafirmando su creencia de que debemos "tender a crear un sentimiento estético nuestro, inspirado en las costumbres del país".

Precede a este trabajo de Martorrel un juicio exacto del autor, que firma el escritor americano y pintor Franz Tamayo.

Panorama de la literatura argentina contemporánea. Por Juan Pinto. Edit. Mundi, 1941, Bs. Aires.

La vida y obra de los escritores argentinos de los últimos decenios del siglo pasado y del actual no es lo suficientemente conocida. Hace un gran bien al país y a los escritores con su síntesis informativa, cuyo valor docente y social nos place destacar.

E. C.

EL MUNDO ES ANCHO Y AJENO

HAY novelas que se lanzan a la circulación para gozo de buenos lectores, catadores del arte narrativo, impresionando el espíritu con la presentación de tipos, paisajes y episodios que suelen ser — cuando se trata de una verdadera obra de arte— más expresivos y **reales**, que los que pudiera ofrecer una simple y fiel crónica. Ocurre ello cuando el autor logra ofrecernos auténticos arquetipos humanos, darnos la síntesis de una sociedad determinada, fijar una exacta radiografía de la vida colectiva. Y cuando encima de todo eso trasunta de la obra un profundo espíritu de justicia y un acendrado amor por los eternos vejados y sacrificados, nos hallamos ante un valor literario **integral**. Al menos, desde el punto de vista de la literatura social, que es el que nos interesa.

La obra del escritor peruano Ciro Alegría que sirve de título a estas líneas, contiene esas cualidades, en el más alto grado. Un jurado integrado por notables hombres de letras la consagró como la mejor novela latinoamericana de 1941, concediéndole el premio fijado para el correspondiente concurso por una gran editorial neoyorquina, en combinación con otra londinense, habiendo sido patrocinado dicho concurso por la Unión Panamericana. Señalamos este hecho, no por asignarle especial importancia, en relacinó a los méritos propios de la obra, sino porque demuestra que aun es posible afirmar un sólido alegato social, mediante el poderoso medio del arte, aun a través del contralor de empresas e instituciones burguesas. Lo que no deja de ser alentador, en esta época de moldes oficiales y de censura totalitaria...

No es nuestro propósito ni es de nuestra competencia ocuparnos de los méritos literarios de esta novela, cosa que ya han hecho críticos profesionales, aunque atenuando todo lo posible y aun tergiversándolo —como el propio Ernesto Montenegro en "La Prensa"— su contenido social y su carácter de protesta contra la sangrienta injusticia de que son víctimas millones de trabajadores americanos.

El mundo es ancho y ajeno nos interesa esencialmente por ese aspecto, involucrado en su alto valor de obra de arte. Es la historia dolorosa de la explotación inhumana y el exterminio lento de los indios peruanos, sobre cuya base se levanta un régimen que es caricatura de democracia y que señala indudablemente una de las llagas políticas semiocultas de nuestra América.

No obstante, el aspecto político es aludido en forma indirecta. Lo substancial de la novela radica en su faz social y profundamente humana, que trasciende de la historia relatada y de los personajes que desfilan por sus páginas, personajes humildes, nobles, heroicos, viles o pintorescos, claramente delineados.

Todo gira en torno al despojo seudo legal de una comunidad india, situada en el norte cordillerano del Perú. Desde tiempo inmemorial y como restos de una civilización destruída, existen aún pequeñas comunidades donde los indios cultivan la tierra, sobre bases colectivas y donde gozan de cierto bienestar y sobre todo de la dicha de no ser esclavos, como lo son todos sus hermanos que se consumen en las plantaciones de caucho o de coca, revientan en los socavones de las minas o son agotados en las haciendas. La comunidad de Rumi, es una de esas felicse colectividades, regidas por normas de buen acuerdo y verdadera cooperación. Pero, como tantas otras que van desapareciendo con el tiempo, ha suscitado la ambición de un poderoso **gamonal** —señor feudal, terrateniente— cuya hacienda toca los linderos de la comunidad. El gamonal decide despojar a los indios de sus tierras, no porque quiera hacerlas cultivar, sino porque necesita el trabajo esclavizado de aquéllos para explotar una mina que posee en las cercanías. Desalojados de la tierra fértil, calcula, los indios no tendrán otra disyuntiva que rendirse a sus designios y aceptar el terrible trabajo de la mina. Y para lograr el despojo, apela a la ley. Es decir, al aparato jurídico-burocrático que en nombre del interés nacional, se halla al servicio de la casta terrateniente.

Inicia contra la comunidad "juicio de linderos". Los títulos de la comunidad son perfectos y se remontan a tiempos inmemoriales. Pero frente a la justicia de los gamonales, los pobres indios no pueden probar nada. El feudal Amenábar fragua testigos a su favor, compra al defensor de la comunidad; el juez y el prefecto están a sus órdenes. Y los indios pierden el pleito. Deben abandonar sus ricas tierras, después de haber reconocido en magna asamblea la imposibilidad de resistir el despojo por la fuerza, desarmados como estaban frente a los gendarmes y los **caporales** — sicarios del gamonal. Pero tampoco se entregan a los deseos de éste. Irán a instalar nuevamente su comunidad más arriba, en una meseta pedregosa, poco propicia al cultivo, donde tendrán que penar duramente para arrancar el sustento a la tierra, pero donde aun podrán ser libres.

Se inicia entonces una nueva etapa en la vida de la comunidad. Los sabios consejos del viejo alcalde Rosendo Maqui —hermosa figura de patriarca indio— logran hacer triunfar en parte a los comuneros de las inclemencias de la puna. Se siembra y se cosecha nuevamente. Pero con todo, la vida se hace muy dura. Muchos comuneros abandonan la colectividad para buscar mejor suerte en otra parte. Y el autor los sigue en sus diversos derroteros, para darnos un cuadro completo de la tragedia india, de la tragedia proletaria. He aquí uno que llega con su joven compañera a una plantación de coca. Es la entrada a un infierno donde a poco contrae la fiebre palúdica y queda endeudado. La joven india, violada por dos **caporales**, en ausencia del marido. Luego la huída a otra hacienda y de nuevo la esclavitud. Otro comunero, joven y fuerte, emigra hacia las lejanas caucherías, donde conoce todos los horrores de la más brutal forma de explotación que existe en los trópicos, terminando ciego a raíz de un accidente que pudo evitarse si se le hubiera provisto de lentes en la tarea de zahumar el caucho. Otro, va a buscar trabajo en una población minera donde se declara una huelga y cae bajo el plomo de los gendarmes que defienden los intereses de una empresa extranjera. Tal es la suerte y la única salida que tienen los indios que abandonan la comunidad para buscar trabajo en otra parte. Algunos hallan una salida distinta: se hacen bandoleros. Van a engrosar la banda del "Fiero Vásquez", recia estampa de bandido que el autor nos presenta con espíritu profundamente comprensivo y que resulta en fondo más noble y honrado que el "honorable" caballero Amenábar, que roba, tortura y hace asesinar a pobres indios, al amparo de la ley y de la fuerza pública.

Entretanto, continúa la implacable lucha del gamonal contra la comunidad. A toda costa quiere esclavizar a los indios. A través de diversos episodios que permiten al autor evidencias otras tantas faces de la tragedia india y de la iniquidad legal, incluso la prisión y muerte del venerable alcalde Rosendo Maquí, llega al punto culminante de la novela. El gamonal, que había iniciado nuevo pleito a la comunidad, lo gana en la instancia final de la Corte Suprema. La colectividad será destruída definitivamente, pero no sin heroica y desesperada resistencia. Los tiempos habían cambiado. El lugar del prudente y resignado Rosendo Maqui lo ocupa el recio y combativo Basilio Castro, un cholo que hubo de abandonar desde joven la comunidad, que había recorrido todo el país y aprendió a leer en Lima, gracias a un militante obrero que le instruyó también de las injusticias sociales. Basilio Castro vuelve a la comunidad y llega a ser su alcalde, trayendo un espíritu dinámico y progresista. Entonces llega la noticia del despojo último. La asamblea de los comuneros decide resistir. Esta vez tienen algunos fusiles, espíritu de lucha y un jefe audaz. Basilio Castro arenga a sus hombres con frases épicas, que constituyen la síntesis de la obra. Se refiere al gamonal y dice:

..."El no quiere tierra. Quiere esclavos. ¿Qué ha hecho con las tierras que nos quitó? Ahí están baldías, llenas de yuyos y arbustos, sin saber lo que es la mano cariñosa del sembrador. Las casas se caen y la de nuestro querido viejo Rosendo es un chiquero. Tampoco quiere las tierras de Yanañohui. Sigue persiguiendo o los comuneros pa reventarlos. Cuando la ley da tierras, se olvida de lo que va a ser la suerte de los hombres que están en esas tierras. La ley no los protege como hombres. Los que mandan se justifican diciendo: "Váyanse a otra parte, el mundo es ancho". Cierto, es ancho. Pero yo, comuneros, conozco el mundo ancho donde nosotros, los pobres, solemos vivir. Y yo les digo con toda verdá que pa nosotros, los pobres, el mundo es ancho, pero ajeno. Ustedes lo saben, comuneros. Lo han visto con sus ojos por donde han andao". Y agrega:

"En ese mundo ancho, cambiamos de lugar, vamos de un lao pa otro buscando la vida. Pero el mundo es ajeno y nada nos da, nada, ni siquiera un güen salario, y el hombre muere con la frente pegada a la tierra amarga de lágrimas. Defendamos nuestra tiera, nuestro sitio en el mundo, que así defendemos nuestra libertad y nuestra vida. La suerte de los pobres es una y pediremos a todos los pobres que nos acompañen. Así ganaremos... Muchos, muchos, desde hace años, siglos, se rebelaron y perdieron. Que nadie se acoborde pensando en la derrota, porque es peor ser esclavo sin pelear. Quien sabe los gobernantes comiencen a comprender que a la nación no le conviene la injusticia. Pa permitir la muerte de le comunidad indígena se justifican diciendo que hay que despertar en el indio le espíritu de propiedad y así empiezan quitándole la única que tiene. Defendamos nuestra vida, comuneros. ¡Defendamos nuestra tierra!"

He aquí una proclama que cambiando las variantes locales, puede dirigirse a los oprimidos de cualquier parte del mundo, ya que en todos los lugares impera la injusticia de los que se adueñaron del mundo negando a los demás seres humanos el derecho a la existencia. Y, sobre todo, es aplicable por doquier la afirmación de que es preferible afrontar la contingencia de la derrota antes que aceptar la esclavitud sin lucha.

Al final de la novela, los comuneros rechazan con las armas en la mano a los gendarmes y caporales que vienen a despojarlos en nombre de la ley. Pero luego, llega a la quebrada andina un batallón del ejército, aprovechando el camino que según la **ley vial** peruana fué construído por el trabajo obligatorio de los indios. Y la ley, la justicia de los gamonales, triunfan por medio de los máusers de la nación, que exterminan para escarmiento a centenares de indios, cuyo único delito fué querer trabajar como productores libres, ligados por un amor ancestral a la tierra.

Tal es el cuadro general del problema indio, problema social por excelencia en el Perú, que nos ofrece Ciro Alegría. De hecho involucra el gran problema de la injusticia en todo el continente, el que sólo podrá ser resuelto mediante una profunda reorganización en las normas de trabajo y de convivencia, que signifique la supresión del privilegio antisocial. El libro de Ciro Alegría constituye una importante contribución al planteo de ese problema y en ello reside, para nosotros, su mayor mérito.

A. DIAZ URRIETA

LORD RUTHERFORD y su contribución a la Física moderna

ALLA en la segunda mitad del siglo pasado, en una de las islas del Pacífico sur conocidas con el nombre de Nueva Zelandia, en la ciudad de Nelson, vivía un modesto matrimonio de origen escocés constituído por James Rutherford y Martha Thomas. Míster James era carretero, como su padre lo había sido en esa lejana isla del Imperio Inglés, adonde lo habían traído cuando niño. Doce hijos tuvo el matrimonio de James Rutherford. El cuarto, llamado Ernest (Ernesto), nació en Nelson el 30 de agosto de 1871. Al poco tiempo de su nacimiento, la familia se trasladó a Havelock, distante unos cuarenta kilómetros al este de Nelson, para trabajar la tierra. El pequeño Ernest fué mandado a la escuela de Havelock de los siete a los dieciséis años, donde tuvo de maestro a míster Jacob Reynolds. Por su aplicación e inteligencia ganó la beca provincial que le permitió seguir estudiando, como era su deseo, en el Colegio de Nelson. Ya joven, ganó en Nelson varios premios y una beca para estudiar en el Contenbury College de la ciudad más grande de la isla sur de Nueva Zelandia, Cristchurch. Aquí empezó a manifestar su espíritu de investigador original, llegando a transmitir y recibir ondas electromagnéticas. Fué, sin duda, el primero en conseguirlo. ¡Un joven estudiante, sin elementos, casi sin maestros, allá, a varios centenares de kilómetros al sur de Australia!

No es de extrañar que obtuviera la beca del Colegio de Christchurch para perfeccionarse en la famosa Universidad de Cambridge (Inglaterra). Esa beca, instituída por el príncipe consorte Albert en 1851, salva de perderse, tal vez, a uno de los más altos valores intelectuales de la época, pues sin esa ayuda, le hubiera sido imposible continuar sus estudios dada la humilde posición de sus padres campesinos, y menos aún podría llegar al famoso Laboratorio Cavendish de Cambridge, donde el más grande físico y maestro inglés de entonces, Joseph J. Thompson, dirigía con paternal cariño las investigaciones de sus notables alumnos sobre los tópicos apasionantes del día, que eran los estudios sobre el pasaje de la electricidad a través de los gases enrarecidos. Estas investigaciones condujeron, por una parte, al descubrimiento de los **Rayos X** por el profesor Roetgen, de Munich, en 1895, y por otra, al mismo Thompson a demostrar que los **rayos catódicos** (que parten del **cátodo** o polo negativo) **eran partículas subatómicas** unas dos mil veces más livianas que el átomo de hidrógeno. Estas partículas, llamadas **electrones,** llevan una carga eléctrica negativa, que resultó ser la mínima cantidad de electricidad encontrada hasta ahora. La escuela de Thompson es, a fines del siglo pasado, la más original, la de mayor envergadura teórico-experimental. Ahí se continúan también las investigaciones sobre la naturaleza de los llamados "rayos canales" descubiertos por Goldstein en 1876. Los rayos de Goldstein resultaron ser partículas cargadas de electricidad positiva. Concretamente, átomos del gas que llena el tubo donde se producen por el paso de la electricidad, o sea **iones** positivos. En oposición a la naturaleza variable de los rayos canales, se hizo el sensacional descubrimiento de que los rayos catódicos, los electrones, se producen siempre iguales a sí mismos, cualquiera sea el gas del recipiente, cualquiera sea el metal del catodo y el voltaje aplicado para generarlos. Esto sugirió a J. J. Thompson la idea trascendental de que dichas partículas eléctricas negativas (electrones) eran constituyentes de todos los átomos de las sustancias elementales y, por ende, de toda materia. Se revolucionó con ello la idea dominante del átomo químico **indivisible.** Al contrario, aparecía el átomo como un edificio más o menos complicado, cuyos ladrillos serían dichos electrones.

En ese ambiente, cuya figura central es J. J. Thompson; de estudio, discusión, crítica y camaradería; de determinación de las velocidades, cargas eléctricas, peso, etc., de electrones e iones, cae el joven Ernest Rutherford, sediento de saber y de trabajar. Era el año de 1895. Con un entusiasmo inigualado, empieza a trabajar. Obtiene el título de doctor en ciencias y colabora con el mismo J. J. Thompson en esos temas del día, alcanzando pronta reputación. Algún profesor de Cambridge a dicho de él cariñosamente: "¡Este joven ratón de Nueva Zelandia cava muy hondo!".

En esa época, 1896, se efectúa otro descubrimiento que habría de revolucionar la ciencia y la técnica. Becquerel descubre que los compuestos de una sustancia llamada **uranio,** y este elemento mismo, emiten permanentemente ciertos rayos que producen efectos análogos a los de los rayos X. Son capaces de atravesar objetos opacos y velar placas envueltas en papel oscuro, etc. Thompson descubre, en seguida, que esos rayos pueden hacer conductores de la electricidad a los gases que normalmente no lo son. Las sustancias emisoras de esos misteriosos rayos se llaman **radioactivas** y el fenómeno de su producción **radioactividad.**

Poco después de obtener el título de doctor en 1898, el director del Laboratorio Macdonald de Física de la Universidad de McGill, Montreal (Canadá), doctor John Cok, ofrece la cátedra de Física al joven Ernest Rutherford. Este acepta y se traslada a la lejana ciudad canadiense. Allí, a la edad de veintisiete años, como profesor de Física de estudiantes de primer y segundo años de Ingeniería, inicia sus investigaciones originales, dedicando casi todo su entusiasmo y su tiempo a la dilucidación del nuevo fenómeno de la radioactividad. ¿Qué eran esos rayos misteriosos que provenían del **uranio,** del **thorio,** etcétera? ¿Serían ondas electromagnéticas como los rayos X, o partículas veloces neutras o cargadas de electricidad? rayos? ¿Era ese un fenómeno químico, una combina- ¿Qué acontecía con los elementos cuando emitían esos del átomo mismo? Y en este caso, ¿cuál era la estructura y naturaleza de los edificios atómicos capaces de emitir espontáneamente tales rayos? Estas y más preguntas se habrá planteado el joven físico Rutherford, y puso manos a la obra magna de darles respuesta.

En esa misma época el matrimonio Curie inicia sus célebres experimentos sobre la naturaleza química de las sustancias radioactivas, coronando su labor el descubrimiento de tres elementos nuevos radioactivos: el **radio,** el **polonio** y el **actinio.**

Al año de iniciados sus experiencias, en 1899, anuncia el importante descubrimiento de que la radiación del **uranio** consta de dos clases de rayos, que denominó **rayos alfa** y **rayos beta.** Los rayos alfa eran incapaces de atravesar hojas de aluminio de espesor superior a 0,02 milímetros, mientras que los otros, los rayos **beta,** podían atravesar espesores superiores a medio milímetro de aluminio. Agreguemos que posteriormente se descubrió una tercera radiación llamada **gama,** aun más penetrante que las otras dos, que puede pasar planchas de plomo de más de un centímetro de espesor.

En ese mismo año de 1899 encontró Rutherford que la radiación del **thorio** parecía ser arrastrada por las corrientes de aire. Después de varias investigaciones, descubrió que, efectivamente, el **thorio** (como el **radio** y el **actinio**) producían un gas pesado, radioactivo, que llamó **emanación.**

Sus investigaciones llamaron tan poderosamente la atención que la hasta entonces poco conocida Universidad de McGill se transformó en un centro de afluencia de estudiantes e investigadores de Física provenientes de Inglaterra, Francia, Alemania, Estados Unidos, Polonia, etc. Entre otros, citemos a los hoy famosos hombres de ciencia Soddy, Hahn, Levin, Gralewski, etc.

Se demostró que la radioactividad es un fenómeno propio del átomo, pues resulta independiente del estado de la sustancia, de su combinación con otras sustancias, de la presión, de la temperatura, etc.



LORD RUTHERFORD

Pero fueron Rutherford y Soddy quienes realizaron una serie de experimentos que los condujeron hacia la explicación satisfactoria de esos fenómenos. En el año 1903 anunciaron al asombrado mundo científico que la radioactividad provenía de una desintegración o autodestrucción espontánea que algunos átomos de los elementos radioactivos sufrían, emitiendo dichos rayos y transmutándose en nuevas sustancias a su vez radioactivas, formándose así verdaderas cadenas de sustancias unas producto de la desintegración de otras, llamadas **familias** radioactivas. Bien conocidas tenemos las siguientes: la **familia** del **uranio-radio,** la del **thorio** y la del **actinio.** Todas ellas, después de una serie más o menos larga de transmutaciones —generaciones—, terminan en un mismo elemento **no** radioactivo, el vulgar plomo.

La ley que rige esos procesos, llamada ley de la desintegración radioactiva de Rutherford-Soddy, es muy simple; dice que en cada instante de tiempo el número de átomos de la sustancia nueva formada por desintegración de la **sustancia madre** es proporcional al número de átomos de esta sustancia madre existentes en el instante considerado.

Es imposible dar una idea de todos los trabajos que el incansable Rutherford realizó en los nueve años de su estada en Montreal. Anotemos que, término medio, publicó en esa época una investigación mensual y unos cien trabajos en los nueve años.

Citemos, todavía, los más fundamentales, los que dilucidaron el apasionante problema de la naturaleza

de esas misteriosas y ultrapotentes radiaciones: los rayos alfa, beta y gama. Ya en 1903 se probó que los rayos beta son electrones muy veloces de hasta el noventa y cinco por ciento de la velocidad de la luz, que es igual a 300.000 kilómetros por segundo. ¿Y qué serían los rayos alfa? Rutherford demostró en 1906, por efectos de un campo magnético y eléctrico sobre dichos rayos, que eran átomos del gas helio (He) cargados de electricidad positiva igual al doble de la carga mínima del electrón. Es decir, que Rutherford hizo el sensacional y notable descubrimiento de que las radiaciones emitidas por ciertos átomos eran otros átomos: átomos de He doblemente ionizados.

En esa época descubrió también el Radio A, B, C, D y E. El **radiotorio** con el físico Otto Hahn. Dedujo la edad de los minerales que contienen helio y plomo, etc., etc.

En 1907 fué a Inglaterra, invitado, a ocupar la cátedra de Física de Manchester, donde estuvo hasta 1919. Aquí empieza la segunda etapa de sus investigaciones. Y al año de su vuelta triunfal a Inglaterra, en 1908, le fué concedido el premio Nóbel de Química por sus trabajos geniales, allá lejos, en la modesta Universidad de Montreal.

Rutherford es un espíritu intuitivo, profundo y sencillo a la par. Desde temprano buscó un modelo, una imagen de la estructura del átomo que explicara los notables fenómenos de la radioactividad y conexos.

Fué en Manchester donde culminó la segunda etapa de su inmensa labor científica, creando el modelo nuclear del átomo. Esta imagen del átomo, como un sistema análogo al sistema solar, con un astro central, el **núcleo**, alrededor del cual giran velozmente los electrones como diminutos planetas, le fué sugerida por sus investigaciones y las de sus alumnos Geiger, Mardsen, Chadwick, etc., estudiando el pasaje y la difusión de las partículas alfa de los cuerpos radioactivos a través de finas hojas metálicas. Estas investigaciones indicaron: 1º) la existencia en los átomos de **centros** (núcleos) donde estaría concentrada casi toda **la masa** de los mismos; centros cargados de electricidad positiva, por lo cual producían fuertes rechazos sobre las partículas alfa incidentes; 2º) esa carga eléctrica del núcleo o centro atómico resultó ser equivalente a un número entero de cargas electrónicas, número igual al que corresponde al elemento difusor en la ordenación periódica de los elementos de Mendeleieff.

En 1913 completó Rutherford su modelo nuclear del átomo, enunciando que un átomo de un elemento que ocupa un determinado lugar **N** en el cuadro periódico tiene un núcleo (donde está concentrado todo el peso del mismo) que lleva una carga eléctrica positiva igual a **N** cargas electrónicas y a su alrededor giran velozmente **N** electrones negativos, dando para el exterior una apariencia neutra. Las **N** cargas negativas equilibran las **N** positivas del núcleo.

En esa época era alumno de Rutherford el joven físico danés Niels Bohr. Este presentó a Rutherford sus originales ideas sobre el átomo, con el objeto de explicar el origen de los espectros luminosos. Rutherford lo alentó a continuar con sus ideas, y así nació, al calor de este sabio múltiple, la teoría más famosa del átomo: la teoría **cuantista de Bohr**, en el mismo año 1913.

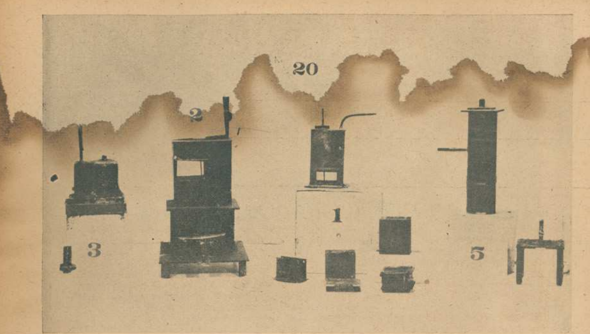
Podría creerse que Rutherford se contentó con su ya realizada famosa obra y que se dedicó a gozar de la gloria justamente conquistada por su inmensa labor original y como maestro. No sucedió así. Su afán de develar lo desconocido es en él inagotable. En efecto, explicada la estructura atómica por la teoría de Rutherford-Bohr, se pregunta Rutherford: ¿Qué es el núcleo? ¿No podrá el hombre conseguir realizar lo que espontáneamente realiza la naturaleza, es decir, la desintegración o transmutación de la materia no radioactiva? Probado que las partículas alfa y beta y los rayos gama parten del núcleo atómico, es al núcleo a quien Rutherford dedica sus afanes de sutil investigador, de curioso científico. Se propone, como un dios insatisfecho y curioso, después de haber creado el mundo atómico, el núcleo mismo, romperlo para "ver" qué tiene en su interior, cuál es su naturaleza íntima y al mismo tiempo realizar, siglos después, el sueño fantástico de los alquimistas de la Edad Media...

Y mientras los miles de físicos del mundo se dedican a trabajar en el hermoso y amplio campo de la espectrocopía o estudio de la luz que emiten y absorben las diversas sustancias, de acuerdo o no a la teoría de los "cuántos" de Bohr, Rutherford, en su laboratorio de Manchester, se pasa días y meses y años persiguiendo al núcleo atómico con partículas alfa... Su férrea voluntad ,su sutil habilidad de experimentador, su profundo conocimiento de su ciencia y de la técnica apropiada, de las que es en gran parte creador, vencen la ciudadela hasta entonces impenetrable del misterioso corazón del átomo, el núcleo. Y, al fin, en el año 1919 anuncia, ante el asombro del mundo científico, que había conseguido transmutar el gas nitrógeno (N) en el oxígeno (O). De aquí parte una nueva era de investigaciones del mismo y sus colaboradores, pero recién trece años más tarde, en 1932, los estudios de la "desintegración artificial" se generalizan y Rutherford ve con alegría y entusiasmo los frutos de su admirable labor.

Fué a partir de 1919 que lo nombran profesor de Física del famoso Laboratorio de Cavendish, de Cambridge. La cátedra de su ex maestro J. J. Thompson. En 1925 es electo presidente de la Asociación Real de Ciencia y Filosofía de Londres (Royal Society of Science and Philosophy), presidencia que ocupa hasta su fallecimiento, ocurrido después de una breve enfermedad y una operación, el 19 de octubre de 1937, a los sesenta y seis años de edad y en plena labor y vigor intelectual. La ciencia perdió con él a uno de sus más grandes valores como investigador y como maestro. Sus restos descansan en la célebre abadía de Westminster, al lado de los de Newton y Lord Kelvin.

Digamos aún algo del maestro y del hombre. Era como un padre para sus alumnos (investigadores) y colaboradores. Tenía en los últimos años cincuenta de ellos, término medio. Los veía a cada uno diariamente en sus laboratorios, se informaba de sus trabajos y de sus dificultades y a cada uno daba nuevas ideas, entusiasmo y ayuda en la prosecución de sus tareas.

Los "parties" en su casa particular con sus estudiantes y colaboradores son recordados con cariño



El genio de Rutherford se distingue por la claridad de sus ideas y la simplicidad de los instrumentos y demás elementos con los que efectuó las experiencias más delicadas. Aquí reproducimos algunos de los aparatos que empleó Rutherford en sus famosas investigaciones realizadas en la Universidad de Mc Gill de Canadá de 1902 a 1905. (Ver, F. R. Terroux, Transactions of The Royal Society of Canada, vol. 32, mayo de 1938). -- Con el aparato (1) de la figura determinó la desviación magnética y eléctrica de los rayos X. -- El (2) es su electroscopio para rayos X. -- Con el dispositivo (3) determinó la carga eléctrica de la partícula X y el número de esas partículas emitidas por una cantidad conocida de Radio. -- Con el aparato (5) midió la relación e/m de la carga eléctrica y la masa de esas partículas.

por éstos. Era humilde y siempre tenía en cuenta la opinión de los demás. Así cuentan todos los que han tenido la suerte de tratarlo.

Consideraba el mayor fracaso y era para Rutherford una gran desilusión ver a algunos de sus ex alumnos tan cargados de labores rutinarias y de enseñanzas que los inutilizara para la tarea más elevada de etxender las fronteras del conocimiento.

Recordaba con cariño su alejado país natal, y, con el objeto de elevar el nivel de los estudios e introducir el espíritu de investigación, recorrió los vastos dominios del imperio inglés: Australia, India, Canadá, Africa del Sur, Nueva Zelandia, etc. Alguien ha dicho que "Rutherford fué siempre el mejor embajador de su país".

En los últimos años, en 1933, organizó con otros famosos hombres de ciencia ingleses el Consejo de Asistencia Académica, para ir en auxilio de sus colegas perseguidos en los países totalitarios de Europa por inaceptables e injustificables "razones" políticas, sociales y raciales. Así demostró ser también un hombre digno de ese título al extender su mano cordial al caído y al perseguido. Para el final de su ejemplar y noble vida, sólo en la torturada Alemania "nacional-socialista" se había expulsado a más de mil cuatrocientos profesores e investigadores de sus cátedras y puestos, la mayor parte por la criminal persecución racial, y unos cuatrocientos de Austria. El Consejo de Asistencia Académica consiguió arrancar de la tragedia y dar ocupación condigna a unos novecientos de ellos.

En esta trágica época de la humanidad, la vida y el ejemplo de ese genial físico inglés nos debe alentar y servir de ejemplo. ¡Pues creemos que mientras existan hombres como Rutherford y ambientes —la democracia inglesa— que hagan posible su existencia y desenvolvimiento, debemos tener esperanzas en un futuro mejor de la humanidad!

Profesor Dr. Rafael Grinfeld

HOMBRE DE AMERICA
FUERTE Y LIBRE

AÑO III MARZO DE 1942 Nº 13

REGISTRO DE PROPIEDAD INTELECTUAL Nº 071781

Dirección: A. CUPIT

Redacción y Administración: ALSINA 736 BUENOS AIRES República Argentina U. T. 34 - Defensa 0287

NOMINA DE COLABORADORES

POR ORDEN ALFABETICO

Paco Aguilar - Miguel Angel Angueira - Germán Arciniegas.

Tito L. Bancescu - Julio R. Barcos - Leónidas Barletta - José Basiglio Agosti - Prof. Francisco C. Bendicente - Ing. Carlos Bianchi - Aurora Bogú - Marta Brunet - Herminia Brumana - Antonio J. Bucich.

Oscar Cerruto - Victor Chambi - Dr. Florencio Charola - Justino Cornejo (Quito Ecuador) - Dr. Enrique Corona Martinez - Olga Cossettini - Dardo Cúneo.

Carlos de Baraibar (Chile) - A. Diaz Urrieta - Serafín Delmar (Perú).

Luis Fernández Zárate - Agustín Ferraris - Waldo Frank (Nueva York).

Gerardo Gallegos (La Habana) - Dr. Rafael Grinfeld - Gilberto González y Contreras (La Habana) - José Grünfeld.

Prof. Dr. Alfonso L. Herrera (Méjico) - Joshua Hochstein (Nueva York).

Layle Lane (Nueva York) - Dr. Enrique Loedel Palumbo - Alfonso Longuet.

Mauricio Magdaleno (Méjico) - Ing. Jacobo Maguid - Alberto Maritano - Aurelio Martinez (Puno - Perú) - Ing. Aquiles Martínez Civelli - Augusto Mateu Cueva (Lima - Perú) - Félix Molina Téllez.

Dr. Isidro J. Odena - Juan G. Olmedilla - Luis Orsetti.

Lucila Palacios (Caracas -Venezuela) - Armando Panizza - María Luisa Petettin - Magda Portal - Enrique Portugal - Jacobo Prince - Dra. Lola Quiroga.

Eugen Relgis (Bucarest) - José Riera (La Paz - Bolivia) - Octavio Rivas Rooney - Horacio E. Roqué.

Dr. L. Sack - Dr. Alberto Sagastume Berra - Diego Abad de Santillán - Dr. Jaime Scolnik - S. Fanny Simón (Nueva York) - Dr. Joao de Souza Ferraz (Brasil) - Juan Antonio Solari - Agustín Souchy.

Andrés Townsend Ezcurra - Jacinto Toryho - Prof. Victor Troncoso (Chile) - Ricardo Tudela.

Rafael Heliodoro Valle (México) - Antonio Vázquez Escalante - Arturo Vilches - Dr. Elemer von Karman.

Alvaro Yunque.

ILUSTRADORES

Camblor - Carybé - Gustavo Cochet - Emma Jauch - Kras - Pedro Olmos - José Planas - Francisco A. de Santo.

Toda la correspondencia debe ser dirigida a nombre de A. CUPIT. Giros y toda clase de valores a VICENTE CASADO

Suscripción anual:
ARGENTINA: $ 3.50
EXTERIOR: 1 dólar
Ejemplar: 30 centavos
Exterior: 0.10 dólar

CORREO ARGENTINO
TARIFA REDUCIDA
Concesión Nº 4989

Impreso en Argentina
Printed in Argentina